



STAR CRAFT
HEART OF THE SWARM



En la oscuridad

David Gerrold

—¡Ricitos de oro!

Jake sonrió mientras estudiaba las pantallas que tenía ante él. Su nave estaba aún demasiado lejos para obtener una perspectiva visual detallada del planeta, pero las condiciones eran óptimas. Mejor aún que óptimas.

Un cálido sol amarillo, no demasiado lejos del ciclo principal. Tres lunas pequeñas, justo lo bastante grandes para generar fuerzas gravitacionales y mantener el planeta firmemente anclado en su eje. Un 90,09% de la gravedad estándar. Recubierto de agua en un 73%. Un 31% de oxígeno en la atmósfera. Una temperatura media de 24°C. Con supertormentas estacionales, pero eso ocurría en casi cualquier planeta con atmósfera. Un continente largo e irregular que se extendía desde las regiones árticas del norte hasta justo más allá de las regiones templadas del extremo sur, más unas cuantas islas grandes, la mayoría cercanas a las costas del único continente, pero con unas pocas algo más apartadas. Tonos de vegetación que iban del ámbar al índigo, pero con cierta tendencia hacia el naranja y el rosa. Suficiente CO₂ y metano en la atmósfera para pensar en una considerable biomasa herbívora, y seguramente también en formas carnívoras dependientes. Algo de actividad volcánica, pero nada del nivel de un cataclismo.

Ni demasiado cálido ni demasiado frío.

Ni demasiado grande ni demasiado pequeño.

Habitable.

Justo lo adecuado.

Ricitos de oro.

Mejor aún, esta estrella se encontraba en un sitio tan insospechado, tan apartado de las rutas principales, que era improbable que nadie viniera nunca en su busca. Vaya, comprendió, tal vez incluso fuera él el primer humano en poner pie en este mundo insólito. —¡Ja! ¡Ricitos de oro, sin duda! Yo te nombro el planeta de los dorados tirabuzones. —Y tal vez de las doradas *complicaciones*. Pero eso último no lo dijo en voz alta. ¿Para qué gafarlo?

Le dijo a la ayudante que pusiera la nave en una órbita polar y configuró los escáneres para que mapearan toda la superficie de ese mundo. Tenía la intención de quedarse allí mucho tiempo. Tal vez toda la vida. Quería algo tropical, con chubascos vespertinos que enfriaran el calor del día, y una amplia vista al oeste para poder sentarse en el porche a disfrutar de la puesta de sol.

De hecho tenía una larga lista de deseos. —Ayudante, busca un terreno fértil para que pueda plantar frutas y verduras. Con acceso a agua corriente limpia para que pueda bañarme con regularidad y montar una noria con la que generar electricidad para tener luz. Lo bastante cerca de la playa para poder salir a navegar, pero lo suficientemente elevado para evitar cualquier posibilidad de tsunamis. Sin volcanes activos en los alrededores, sin fallas geológicas inquietas y lejos de cualquier zona de tornados.

—Procesando —respondió la inteligencia artificial.

Jake reflexionó en voz alta: —Probablemente una isla cercana al cinturón ecuatorial. Eso estaría bien.

—Un emplazamiento continental le daría más acceso a recursos.

—Sí, pero también me pondría en la trayectoria de paso de varias especies migratorias. —Los escáneres habían revelado manadas gigantescas de descomunales *cosas* que avanzaban de forma lenta pero constante, siempre en busca de pasto fresco... y seguidas por depredadores casi igual de grandes, jaurías enteras—. Vivir en medio de una autopista evolutiva está descartado. No soy estúpido.

—No, no lo es —coincidió la ayudante—. Sus puntuaciones psicométricas son bastante altas, teniendo en cuenta sus tendencias impulsivas.

—Cállate —dijo Jake. No había llegado aquí por casualidad. Lo había meditado mucho tiempo.

La decisión de desertar ya había estado bramando en su cabeza a los veinte minutos de examinar las estadísticas de mortalidad. Había estado musitando para sí: —Hay soldados viejos y soldados audaces, pero no hay soldados que sean viejos y audaces. —Luego había descubierto que tampoco había soldados viejos. Aquello no solo era desalentador: era aterrador. Mientras contemplaba las pantallas de datos, su periodo de servicio se le antojó eterno, y el único retiro consistía en una parcela de dos metros en algún páramo vacío en el que nunca habría otra cosa que un campo de indicadores de piedra colocados a intervalos regulares.

Jake quería seguir estando por encima de la hierba el mayor tiempo posible.

Primero había comprobado qué trayectorias profesionales presentaban las mejores estadísticas de mortalidad. Piloto de suministros no era la mejor, pero tampoco la peor. Y tenía una enorme ventaja. Las naves coloniales solían transportar todo el equipo para establecer un asentamiento totalmente autosuficiente. Fue entonces cuando surgió la idea. Fue entonces cuando Jake escogió su trayectoria profesional. Había tardado siete años —siete años llenos de *miedo*— y no fueron pocas las veces en que tuvo motivos para pensar que había tomado una muy mala elección.

Pero siete años: esa era supuestamente la duración de su contrato. Siete años y podría abandonarlo todo. Pocos habían vivido lo suficiente para dejarlo, y quienes habían llegado a los siete años casi siempre se encontraban con que se les prorrogaba el tiempo de alistamiento mediante una orden de compensación. El día en que llegaron sus órdenes de prórroga, fue cuando Jake decidió que ya era suficiente.

Había cumplido con su obligación, estaba agotado y ya no le quedaban fuerzas para batallar. No tenía una familia con la que volver: todos habían muerto en un ataque zerg. Se había alistado en el ejército cuando no llegaba ni a la veintena. Podías soñar con algo más —era lo que siempre hacían los soldados—, pero no había nada más. Lo único que había era *aquello*.

Jake había ido ascendiendo de responsable de navegación a copiloto y piloto. Fue incluso un oficial en formación, con todas las responsabilidades y ventajas que ello conllevaba. Ello le dio acceso a información; lo suficiente para saber que había mucho más en el universo de lo que la mayoría de gente sabía. Había visto muchos mundos distintos: los áridos y los fértiles, los hermosos y los horriblos. Sabía que había posibilidades, más posibilidades de las que los militares jamás habían admitido.

Así pues, estudió las cartas de navegación espaciales, estudió astrofísica y dinámica solar. Sus superiores repararon en sus intereses extracurriculares. Les dijo que quería hacer carrera dedicándose a la planificación y las contramedidas estratégicas, y ellos le dieron acceso a las bases de datos de exploración y cartografía, todo lo que las sondas de vigilancia del espacio profundo habían descubierto durante cientos de miles de años luz en todas direcciones, una esfera de conocimiento creciente.

Sin llamar la atención, Jake fue clasificando los datos sobre las condiciones necesarias para que un planeta fuera habitable. Algunas estrellas eran demasiado grandes o no eran del color adecuado. Algunas desprendían demasiada radiación. Pero la estrella del tamaño adecuado, la estrella del color adecuado, era el sitio correcto por el que empezar a buscar un mundo Ricitos de oro. Sus superiores creían que estaba calculando las probabilidades de una infestación zerg. El Enjambre apenas había estado activo desde la Guerra de Razas; aun así, a sus superiores les pareció bien. La planificación a largo plazo era algo bueno. Lo que no sabían era que Jake planificaba a largo plazo... para él.

La oportunidad llegó de forma inesperada. Jake no se había decidido por un sistema estelar, no había reducido sus opciones. Aún contemplaba varios posibles candidatos, tanto cerca como lejos, y todavía debía determinar lo lejos que tendría que ir para que al ejército le dejara de ser rentable buscarlo.

Pero entonces el convoy fue atacado. La batalla estalló a su alrededor. Solo en el puente de mando, soñando ya con las posibilidades... Antes de tener tiempo de pensar, actuó.

No tuvo tiempo de despertar al capitán: sacó la cubierta de plástico y apretó fuertemente el botón rojo con toda la mano. Las alarmas saltaron por toda la nave; los tripulantes corrieron a las cápsulas de escape, y en tres minutos la evacuación se había completado y Jake era el último hombre a bordo.

Tardó menos de treinta segundos en darle un nuevo rumbo a la nave, y luego se marchó de la zona de combate. En el fragor de la batalla, apenas nadie se fijó. Únicamente más tarde, cuando comprobaron los diversos registros de las naves supervivientes, se darían cuenta de que una de sus naves coloniales se había esfumado. No destruida, simplemente desaparecida. Pero eso solo ocurriría si había supervivientes. A juzgar por lo que Jake había visto del ataque, probablemente no los habría.

Estaba solo. Era libre. Estaba *aquí*.

Y esto era Ricitos de oro.

Perfecto.

* * *

Dejó a la ayudante haciendo cálculos y procesando datos durante unos cuantos días más mientras preparaba un saltacharcos. No sabía qué le podría hacer falta, así que lo cargó teniendo en cuenta todas las eventualidades previstas en las situaciones de aterrizaje habituales, así como todas las posibilidades previstas por la ayudante, en especial cualquier situación que le impidiera volver a la nave colonial.

También se planteó enviar la gran nave hacia el sol para destruir las pruebas de su llegada. Pero no era una decisión que hubiera que tomar hoy. Además, tal vez hubiera algo aún desconocido que hiciera de Ricitos de oro el planeta equivocado. El término técnico era *sorpresa*.

Ya había descartado el continente principal. Demasiadas cosas grandotas y hambrientas. Pero... había una cadena de islas al oeste, lo suficientemente cerca del continente principal como para resultar accesibles, pero lo bastante lejos para proporcionar aislamiento. La mayor de las islas, en el extremo sudeste del archipiélago, parecía el sitio ideal. Tenía una silueta triangular, formada por los conos empinados de tres volcanes, dos de ellos inactivos. El último y mayor, todavía humeante, tenía la suficiente altura para contar con cumbres permanentemente nevadas, incluso glaciares. El agua de deshielo proporcionaba irrigación durante todo el año, y seguramente también algunas fuentes termales. Las corrientes tropicales que llegaban del sur mantenían templado el mar, y los vientos del norte empujaban cada día las nubes contra las laderas occidentales, donde el aire frío provocaba lloviznas vespertinas casi a diario.

Hizo un análisis crítico de la isla grande. En las pantallas de tamaño mural se extendían unas vistas espectaculares. Si había algo que estuviera mal, tenía que descubrirlo ahora, pero cuanto más veía de la isla, mayor era la atracción que sentía.

Sus sondas exploratorias le mostraban alfombras de exuberante vegetación en las laderas de las islas, esbeltos árboles frutales y otros aún más altos con hojas anchas y protectoras, bosques enteros

repletos de helechos, hierba y enredaderas. Unas cascadas cristalinas alimentaban una red de arroyos y estanques. Había al menos seis ecosistemas diferentes en las islas, determinados por la altitud, los patrones de viento predominantes y la circulación del agua. Allí donde las distintas zonas colisionaban se producía una acción evolutiva acelerada. Eso significaba formas híbridas sanas.

Una exploración adicional reveló aves e insectos; más grandes de aquello a lo que estaba acostumbrado, pero nada que pareciera tan amenazador como lo que rondaba por el continente principal. Había también una gran variedad de anfibios, animales pequeños e incluso algo parecido a un jabalí de tamaño reducido. Los mares estaban repletos de peces de todos los tamaños, incluidas varias especies enormes. Pero no pasaba nada: de todos modos Jake no tenía pensado salir a nadar con ese oleaje. En la orilla norte, algunas de esas olas rompían a casi sesenta metros de altura. Eso resultaba intimidante; lo más hondo que Jake había estado nunca era en una bañera.

No se decidía por un nombre para la isla. ¿Pax? ¿Aloha? ¿Shalom? ¿Refugio? ¿La Gran Isla? Ninguno le acababa de gustar. Pero no tenía prisa. Tal vez la isla le revelara su propio nombre con el paso del tiempo.

Pero también había otras posibilidades, no iba a tomar una decisión precipitada. Lo había planeado durante demasiado tiempo y llegado demasiado lejos. Así, revisó cuidadosamente la masa continental una vez más. Estudió una pequeña laguna en la costa occidental del largo continente, protegida por precipicios escarpados que la mantenían aislada. Y un lago en forma de coma en las tierras altas del norte, muy por encima de los patrones migratorios. E incluso un acantilado rocoso y azotado por las tormentas en el hemisferio sur que era tan inhóspito que ninguna persona racional pensaría jamás en explorar allí. Al final, Jake siempre volvía a las seductoras islas. Tal vez algún día exploraría el continente, pero en ese momento las islas parecían un lugar seguro y atractivo.

Pero incluso tras haber cargado y programado el saltacharcos con las coordenadas de la ladera oeste de la isla, Jake dudaba aún. Volvió al puente de mando para echar un vistazo más, para hacer una exploración más, una medición más, una inspección de datos más... una oportunidad más de encontrar una razón para dudar.

Estuvo más de una semana en la silla de mando, discutiendo consigo mismo, discutiendo con la ayudante, comiendo sándwiches de karak y bebiendo una taza de café tras otra, frunciendo la boca, frunciendo el ceño, pensando, estudiando, debatiéndose, sopesando los pros y contras, los méritos y deméritos, hasta que al final comprendió que la situación no iba a cambiar por más que se lo pensara. Tal vez la isla fuera idílica, y tal vez no lo fuera. Nunca lo sabría a ciencia cierta estando ahí sentado y preocupándose.

Por un momento incluso se planteó darle la vuelta a la nave. Aún podía regresar. Podía decir que había alejado la nave del convoy para que no la destruyeran. Pero eso no explicaría por qué había ordenado la evacuación o por qué los registros, imposibles de borrar, mostraban su larga y detallada inspección de este planeta. Bueno, podría argumentar que, una vez aquí, le pareció que debería explorar el planeta de cara a una posible colonización. ¿Se lo creerían? Probablemente no.

No, estaba obligado a seguir por este camino; lo estaba desde el momento en que había pulsado el gran botón rojo de alarma. No habría forma de que pudiera evitar un consejo de guerra, y seguramente a un pelotón de fusilamiento. Si regresaba, nunca volvería a tener una oportunidad como esta. Nunca lo sabría.

Finalmente, frustrado consigo mismo, comprendiendo que la inactividad no daría resultados útiles, habló en voz alta. —Quedándote sentado no ganas nada, Jake. Levanta tu culo gordo y en marcha.

No es que fuera exactamente una cuestión de ahora o nunca. Esta ventana de lanzamiento se estaba cerrando; dentro de dos horas habría otra, y así cada dos horas. Pero no había nada más por hacer, nada más para Jake a bordo de esta nave. El estudio de la situación no daba para más. Ahora tocaba

actuar. Había planeado esta huida durante más de siete años. Esto era lo que había estado esperando. Iba a cumplir la promesa que se había hecho a sí mismo.

Antes incluso de asimilarlo a nivel consciente, ya estaba de pie. Estaba en marcha. Tiró lo que le quedaba de comida, ordenó a la nave entrar en modo de espera y bajó a la pista de lanzamiento. Una última mirada atrás; si todo iba según lo planeado, él sería el último ser vivo que esta nave fuera a ver.

—Adiós, Jake —dijo la ayudante—. Cuidaré la nave hasta tu regreso.

—Muy bien.

Subió al saltacharcos y abandonó con cuidado la nave estelar. Tras pinchar una visualización en uno de los monitores, Jake observó cómo la gigantesca nave se iba perdiendo de vista hasta que no era más que un puntito brillante. Por dentro lo reconcomía la idea de que había algo más que podía haber hecho, que tal vez debería haber hecho, pero no se le ocurría nada en particular. Y si resultaba que necesitaba algo más, podía indicarle a la nave colonial que lanzara algunas de las muchas cápsulas de carga que aún seguían a bordo.

Aún había tiempo para hacer volver el saltacharcos a la nave colonial. No tenía por qué aterrizar aquí. Había muchos mundos fronterizos distantes que agradecerían la llegada inesperada de una nave totalmente cargada como esta. Sería un héroe. Al menos durante un tiempo. Solo hasta que llegara la siguiente nave militar y algún colono oportunista lo entregara por la inevitable recompensa. No, estaba más a salvo desapareciendo sin más.

Dejó pasar el momento y puso el saltacharcos en rumbo de aterrizaje. Al cabo de un rato, las primeras volutas de la atmósfera superior comenzaron a pasar junto al casco, y poco después empezó el zarandeo. Manteniendo la nave estable, usó la atmósfera cada vez más densa para frenar, encendiendo los propulsores solo de vez en cuando para corregir el rumbo.

Hizo bajar el aparato con rapidez, acercándose a la isla por el oeste y enderezándose luego justo encima de la brillante superficie verde del océano, lo bastante cerca para que Jake viera grandes formas oscuras moviéndose bajo el agua. Aminoró la velocidad del saltacharcos justo antes de alcanzar la orilla.

La arena de las playas refulgía con un tono dorado extraordinario, con motas de un rosa nacarado, y luego daba paso a amplias cuestas de hierba que ascendían hacia el lejano cono del volcán. Toda esta isla era roca volcánica, y en algunas partes el mantillo era tan fino que los árboles no podían arraigar. Solo hierba alta, arbustos y helechos.

Al fin, Jake hizo aterrizar el aparato en una altiplanicie elevada que dominaba toda la extensión occidental de la isla. Observó detenidamente sus pantallas mientras la nave tomaba muestras del aire, lo filtraba y lo examinaba en busca de elementos tóxicos y bacterias, hongos, virus o priones nocivos. Podían pasar varios días hasta que el sistema le diera vía libre para salir del saltacharcos sin un traje NBQ. El traje garantizaba protección frente a organismos infecciosos de hasta clase seis, pero esa garantía era inútil aquí, donde no se podía acceder al servicio de atención al cliente. No. Esperaría a que el laboratorio de a bordo terminara de preparar las vacunas apropiadas.

Activó las sondas de tierra y aire y las soltó para que exploraran la isla. No iba a ir a ninguna parte sin mapas detallados del terreno. Eso podía llevar una o dos semanas más.

Había habido otros planetas en su lista de candidatos. Algunos eran áridos: sitios sin apenas atmósfera respirable, sitios donde aún no se había completado el proceso de terraformación y las únicas formas de vida eran algas, hongos y líquenes. Otros habían sido cartografiados y se sabía que eran habitables, pero a Jake le preocupaba quién o qué podría asentarse eventualmente en esos mundos. No, este le ofrecía cierta garantía de soledad. No se aburriría. Tenía su música, sus digitomos, sus holovideos.

Pero no le apetecía esperar: se subió a un VCE y echó a andar en torno a la zona de aterrizaje para hacerse una idea del lugar. Solo le quedaban un par de horas de luz solar, pero podía comenzar a colocar indicadores para un campamento base. A los mandos de un VCE podía despejar el terreno, instalar cámaras y luces, varios tipos de sensores, un perímetro de seguridad e incluso un par de torretas automáticas. Esto último era probablemente innecesario, pero al fin y al cabo era el procedimiento estándar. Dudaba que fuera a tener que usar alguna vez los cañones para eliminar algo más grande que un escorpión o un mosquito. Aun así... se ocuparía de tan cuidadosos preparativos. Había estado demasiado inmerso en la paranoia de la forma de pensar de los militares como para descuidar esas cosas así como así.

Al tercer día construyó un hangar para el saltacharcos: subirse a un VCE, descargar los materiales, soldar las paredes prefabricadas, añadir un techo encima. Meter dentro la nave, cerrar la puerta y luego dormir ocho horas mientras las cámaras y las torretas automáticas vigilaban el perímetro.

Se despertó en mitad de la noche.

Casi desnudo, solo en calzoncillos y con un fusil torrente SR-8 con mira de infrarrojos, salió al exterior y miró detenidamente a la oscuridad. El tenue resplandor azulado de las luces del cielo solo dejaba ver la selva de alrededor en vivos tonos de añil y negro. En lo alto, las estrellas brillaban intensamente, y la mayor de las tres lunas caía lentamente. Levantó el arma para observar por la mira y se giró cuidadosamente, en busca de señales de calor. Nada.

Fuera lo que fuera lo que había oído, ahora no hacía ruido.

Alguna especie de chillido... lanzado por alguna especie de *cosa*. ¿Un pájaro, tal vez? ¿Tal vez incluso una de esas cosas del océano tras salir a la superficie por un instante? ¿Quizás simplemente uno de esos animales parecidos a los cerdos? ¿Habría depredadores que se alimentasen de esos animales? La lógica dictaba que debía de haberlos. Pero la lógica se limitaba a los hechos disponibles, y estos estaban limitados por la tecnología disponible para estudiarlos, algo de lo cual Jake no iba sobrado. Había un dicho antiguo sobre mundos nuevos y extraños: eran extraños. No solo más extraños de lo que imaginas: más extraños de lo que *puedes* imaginar.

Se quedó plantado en la oscuridad un rato largo, escuchando. Luego volvió adentro, se sentó frente a sus pantallas de seguridad y reprodujo los sonidos de la noche. Las pistas de audio revelaron básicamente ruidos de fondo inofensivos: el murmullo de las olas, el viento y el susurro de las hojas del follaje a su alrededor. Pero ¿el grito? Nada en absoluto.

Solo lo había oído en su cabeza.

Pero lo había oído. Sabía que lo había oído. Estaba seguro de haberlo oído.

Se quedó sentado un buen rato frente a las pantallas, estudiando el terreno de la isla. Envió tres sondas a dar vueltas alrededor de la zona.

Y tembló.

El grito que había oído esta noche... había sido un rugido crudo y gutural de descubrimiento súbito interrumpido de forma abrupta. No lo reconocía, no lo entendía, no sabía qué podía haberlo causado... pero sí reconoció la sensación de un chillido en su cabeza. Lo había sentido antes. No este grito, pero sí uno parecido.

Circulaban historias de cosas al otro lado del sector con extraños poderes psiónicos. Y había otras historias, aún más inquietantes, de humanos que eran reclutados y entrenados como guerreros psiónicos. Fantasmas. Jake nunca había conocido a un fantasma, nunca había visto a uno en persona. Oficialmente ni siquiera existían, pero él sabía que sí. Había experimentado accidentalmente una explosión psiónica. Ocurrió en una misión de transporte, una operación de alto secreto.

Fue hacia el principio de su carrera, y en aquella época era solo un suboficial de tercera. Pero una gran nave negra, una nave sin nombre, había necesitado una tripulación urgentemente y le habían dado autorización para embarcar. Nadie habló de la misión, pero se sobreentendía que se dirigían a la academia fantasma de Ursa, luna de Tarsonis. Aunque nadie mencionó que había una telépata en una cabina blindada, todo el mundo sabía que a bordo, en la cabina blindada, iba una telépata.

Fuera quien fuese esta, se quedó en sus aposentos, lejos de todo el mundo durante todo el viaje. Pero una noche la chica tuvo una pesadilla y, sin ningún tipo de advertencia o señal previa, su repentino grito telepático se extendió violentamente por toda la nave, derribando a los tripulantes. Hombres y mujeres se desplomaron allí donde estaban, perdieron el conocimiento, vomitaron, sufrieron ataques epilépticos, vaciaron involuntariamente vejigas e intestinos. Su escolta, un único cuidador que no había parecido ser nada especial, ni siquiera titubeó: sin decir palabra, abandonó su partida de póquer y salió a toda prisa del comedor. Luego se supo que llevaba un sofisticado dispositivo llamado pantalla psi que lo había protegido de aquel terrible alarido. Los tripulantes de la nave estelar no disponían de dicha protección. Fueron recuperando el conocimiento lenta y dolorosamente. La experiencia de la explosión psiónica los dejó aturridos y confundidos, débiles y temblorosos.

El cuidador tuvo sedada a la candidata a fantasma durante el resto del viaje. No hubo confirmación oficial del incidente, pero el capitán deslizó que la telépata no era más que una adolescente, sin entrenamiento y sin apenas control sobre sus poderes.

Pero ese grito... Su impacto había raspado las almas de todos los miembros de la tripulación. El impacto salvaje y brutal de la explosión los dejó heridos, marcados y sensibilizados a la más leve onda de fuerza psiónica.

Jake no supo cuál había sido el trauma original de la telépata, qué temores infectaban sus recuerdos, qué terrores habían resurgido para producirle la pesadilla, pero, aunque él no había visto nunca a ninguno, Jake estaba seguro de que tendría que ver con los zergling. En el periodo subsiguiente a aquel horrible momento psiónico, su mente quedó sumida en un caos inconexo de sentimientos extraños y terribles, como si lo hubieran asaltado, invadido. Se sentía como si le hubieran grabado a fuego nuevos recuerdos en el cráneo, falsos recuerdos, ajenos, pero recuerdos al fin y al cabo de la sensación que producía ser arrojado a un foso de cosas salvajes parecidas a insectos que rugían y castañeteaban.

El médico de la nave, también él un despojo tembloroso ahora, había advertido a todos los de la tripulación de que la resonancia del momento podía dejarlos a algunos con una mayor sensibilidad al ruido telepático, pero aquello era quedarse corto. Antes de que la nave llegara a su destino final, tres tripulantes se habían suicidado.

Jake fue uno de los desafortunados. Él sobrevivió. Desgarrado, sin sanar, era un muerto en vida. Trastornado emocionalmente, ahora podía sentir el ruido mental de la gente a su alrededor. No de forma clara, solamente un rumor continuo de impulsos sueltos procedentes de quienes estaban a su alrededor, a medio formar, incompletos: miedo, dolor, rabia, tristeza, resentimiento y, con demasiada frecuencia, pensamientos de lujuria y deseo y extrañas emociones sombrías. El ruido venía en oleadas lentas; a veces iban en aumento, a veces decrecían, a veces resultaba especialmente terrible cuando la gente estaba dormida y soñando, pero nunca se debilitaba a niveles tolerables.

Fue entonces cuando Jake se prometió escapar. Tenía que encontrar un lugar donde pudiera volver a sentir tranquilidad, un lugar sin otros humanos alrededor.

Pero ¿este grito...? El de aquí y ahora. No había sido humano. De eso Jake estaba seguro. Era otra cosa. Algo que podría haber sido animal, podría haber sido insecto, podría haber sido de algo descerebrado, podría haber sido de algo divino. Pero fuera lo que fuese, era apabullante.

Por la mañana, antes de que el sol anaranjado se alzara por encima del horizonte, Jake ya estaba despierto y a punto. Llevaba puesta una armadura de combate ligera, cargaba con un AGR-14 personalizado y se había hecho un apaño en el casco para que proyectaran en el visor los enlaces de datos de los indicadores en pantalla. Se había pasado las largas horas de viaje hasta este mundo reconstruyendo y modificando cada componente del equipo cuyo uso le resultaba frustrante. Que era casi todo. Se abrochó el cinturón de un buitre, tomó aliento y masculló: "Vale, vamos allá".

El buitre era ideal para explorar y patrullar: una moto aerodeslizadora unipersonal de blindaje ligero, diseñada pensando sobre todo en la velocidad y la fiabilidad. Los modelos coloniales podían subir a hasta un kilómetro por encima del nivel del mar y alcanzar velocidades de 370 km por hora. Jake había cargado tres de ellas en el saltacharcos, además de piezas de recambio.

Seis días estuvo registrando las islas, atento a si escuchaba en el interior de su cabeza el ruido de chasquidos de... lo que fuera que había gritado por la noche. Seis noches estuvo patrullando los cielos, sondando el oscuro follaje con lenguas de luz azul. Nada.

Al séptimo día descansó. Dejó el buitre junto al hangar y se fijó en que las primeras enredaderas estaban explorando ya la superficie de la techumbre. En cuestión de meses habrían crecido lo suficiente para cubrirla con gruesas briznas negras y un manto aún más denso de hojas entre azul y negro. Sería un buen camuflaje contra miradas indiscretas.

El lunes, Jake comprobó dos veces las células de combustible de su buitre y surcó de nuevo los aires. Iba a volver a la parte del norte de la isla para registrar las laderas del volcán más alto. Este se elevaba como una gigantesca torre de refrigeración en el horizonte. La gravedad del 90% de este mundo animaba a que todo creciera más grande, más alto, más extenso. Las olas y las dunas de arena eran más pronunciadas porque el ángulo de reposo era mayor. Las montañas estaban más erguidas y dentadas. Los conos de los volcanes se elevaban como torres hacia el cielo; sus laderas eran casi verticales. Los insectos y los animales también eran más grandes. El calor intenso durante el día posibilitaba que animales sin homeostasis se calentaran más deprisa y mantuvieran el calor corporal. Eso, y una atmósfera rica en oxígeno, favorecía asimismo a los animales de mayor tamaño: lo normal es que fueran tan grandes como un balón de rugby; pero lo preocupante eran los casos extremos. Esos podían ser tan grandes como un *campo* de rugby. Por suerte, las islas de esta cadena no eran lo bastante grandes para proporcionar vegetación suficiente para siquiera una pequeña manada de los mastodónticos comedores de hierba del continente.

Además, el terreno, de formación volcánica, era escabroso e irregular. No favorecía la migración o una exploración casual siquiera. Sin el buitre, gran parte del paisaje habría sido inaccesible para Jake. Había sitios que no podría haber visto, características que no habría descubierto.

En particular...

Los dos cráteres inactivos estaban llenos de tubos de lava, túneles naturales formados por ríos de lava fundida. Tras descender los torrentes, los bordes se habían endurecido a su alrededor, produciendo largos túneles de oscura roca volcánica. Erupciones posteriores habían creado gruesos techos sobre muchos de los tubos de lava. La mayoría de estos tubos eran lo bastante amplios para albergar un saltacharcos. Si Jake hubiera sabido de ellos, se podría haber ahorrado el esfuerzo de construirse un hangar en el lugar de aterrizaje. Un tubo de lava le habría proporcionado mayor cobertura desde el aire. Si era lo bastante profundo, serviría incluso como búnker a prueba de ataques. Tendría que explorar estos túneles más a fondo, pero no antes de encontrar el origen del grito psiónico.

Lo primero era lo primero.

De vez en cuando, Jake aparcaba el pequeño aparato para soltar otra sonda. Las sondas exploraban su entorno de forma paciente y silenciosa, mirando, escuchando y transmitiendo sus datos al

campamento. Algunas exploraban activamente; otras entraban en un estado de semiletargo, activándose únicamente si eran perturbadas. Si había cosas en esta isla que no se dejaran detectar fácilmente, Jake las iba a encontrar. Tal vez no ahora, pero sí en algún momento.

Por la tarde, mirando hacia el norte, Jake vio que el horizonte se oscurecía rápidamente. Destellos ocasionales de relámpagos brillaban entre el cielo y el mar.

—Vaya —dijo Jake en voz alta. Había olvidado una de las principales reglas para todo: no te enfriques tanto en lo que estés haciendo que olvides lo que estás haciendo. Había olvidado prestar atención a sus indicadores meteorológicos.

El peligro fue evidente de inmediato. El amplio frente borrascoso iba lanzado hacia él a una velocidad increíble. Normal: todo en este mundo era mayor de lo que había imaginado. Esto no era una mera borrasca, era una supertormenta. De ningún modo iba a poder regresar al campamento antes de que llegara aquí. Tendría que buscarse un refugio más cercano y esperar a que pasara.

Su primer impulso fue dirigirse a la ladera de sotavento del volcán, pero comprendió de inmediato que estaría igual de indefenso a los elementos cuando la tormenta pasara por allí.

No, solo había una posibilidad. Llevó su buitre al tubo de lava más cercano. Había estado pensando en explorar algún día algunos de los túneles más grandes. No se imaginaba que "algún día" llegaría tan pronto.

La tormenta no era del todo inesperada. Sus cálculos de datos habían indicado que el planeta era capaz de cambios meteorológicos extremos, pero sin estudios a largo plazo de patrones de viento y clima no tenía forma de saber con qué frecuencia se producían las supertormentas. Este planeta necesitaba una edad de hielo para enfriarse. Todo ese calor —el mismo calor que posibilitaba una atmósfera rica en oxígeno y daba pie a plantas y animales gigantescos— favorecía asimismo una enorme evaporación de vapor de agua de la superficie del océano y vientos terroríficos que arrojaban las descomunales y sobresaturadas nubes resultantes contra cualquier montaña que las obstaculizara. Esto no era una simple supertormenta: era una tormenta perfecta, un huracán abrasivo de proporciones colosales.

Para cuando llegó al tubo de lava, el viento ya iba en aumento y hacía que el buitre diera unas sacudidas casi incontrolables. La entrada de la cueva era un agujero en un precipicio prácticamente vertical, tapado parcialmente por follaje colgante. Sobre su cabeza el cielo se estaba ya oscureciendo, brillaban los primeros relámpagos y gotas gruesas acribillaban la cubierta del aparato. Jake sujetó con fuerza los controles, haciendo pasar el buitre con cuidado a través de las enredaderas para entrar en el túnel. En cuanto estuvo a resguardo del viento, dejó que el impulso ascendente lo llevara tubo arriba. Solo necesitó pequeñas aplicaciones de los propulsores. Sus faros sondearon la penumbra, pero solo revelaron paredes bruñidas de obsidiana. Una miríada de reflejos brillaban y centelleaban en el oscuro cristal volcánico.

Tras recorrer cincuenta metros, Jake permitió que el aparato se posara en el suelo del túnel. Esta profundidad debería bastar. Si no, siempre podía adentrarse más en la montaña. No tenía ni idea de hasta dónde llegaba esta cueva, pero los sensores de su buitre revelaban al menos otros cien metros, tal vez más. Los indicadores no podían determinarlo más allá.

Jake bajó del buitre. Se abrió el protector facial del casco y respiró profundamente. Ya había olor de humedad en el aire. Incluso a esa profundidad del tubo de lava llegaba desde la entrada una corriente considerable. La abertura refulgía como un círculo de luz brillante cada vez más oscuro, con destellos ocasionales por relámpagos que no veía. Se acercó justo lo suficiente para sentir la rociada de la tormenta. Esta ya estaba azotando con potentes oleadas horizontales que dejaban goteando las paredes del túnel. El agua entraba a mayor velocidad de la que podía salir. Jake se

preguntó si debería llevar el buitre más arriba, pero mientras retrocedía por la cuesta le quedó claro que el agua no iba a subir tanto. Estaba a salvo, más allá de las peores fuerzas de la tormenta.

—Vaya plan —dijo Jake otra vez—. Esto no me lo esperaba. —Abrió la cubierta trasera del buitre e inspeccionó sus suministros. Tenía suficiente agua y comida para tres días, una semana si era frugal. No le iba a hacer falta la tienda, pero la esterilla sería más cómoda que el suelo duro de la cueva. Si tenía cuidado no necesitaría el botiquín. Comprobó el compartimento de armas; todo el arsenal estaba cargado y a punto. Dudaba que fuera a necesitar un arma aquí. No, *esperaba* que no fuera a necesitarla—. No des nada por sentado —se recordó a sí mismo—. Gusanos de los túneles. Solo hace falta uno para arruinarte el día.

Se planteó coger el AGR-14. No era exactamente un arma ligera, pero sí eficaz, que usaba aceleración magnética para disparar postas a velocidades supersónicas, todo ello con un rugido de lo más intimidatorio. A Jake lo que más le gustaba eran los cartuchos incendiarios. —Más vale prevenir que morir —decidió. Cogió el AGR-14 y dos cintas de munición adicional. Tras pensárselo un momento, añadió una ristra de granadas incendiarias. Por si acaso.

Encendió su linterna y comprobó cómo iba de batería. Verificó dos veces el indicador en pantalla que se había instalado en el casco-visor; le permitía ver sus reservas de energía, sus monitores de sistema, su escaneo biométrico y la disponibilidad del buitre por si tenía que abandonar la cueva a toda prisa. Todo emitía un brillo verde. No le hacía ninguna gracia la idea de tener que abandonar la cueva a toda prisa. Dudaba que en el túnel pudiera haber nada más peligroso que el huracán desatado en el exterior, pero si estaba equivocado no quería descubrirlo por las malas.

Echó a andar. El tubo de lava tenía una cuesta pronunciada, ardua, pero no imposible. Habría creído que con la gravedad de ese mundo, de un 0,9 de lo estándar, la lava habría fluido más despacio, pero la mayor inclinación del ángulo del cono volcánico propiciaba de hecho un flujo de lava más rápido. Sus exploraciones iniciales habían revelado redes enteras de túneles. Por lo visto, a medida que el cono del volcán en erupción ascendía, se fueron formando tubos de lava unos encima de otros, retorciéndose y girando a veces como tiras de espagueti. El proceso físico de su formación habría tenido felizmente entretenidos a todo un ejército de geólogos durante generaciones.

El sonido de sus pisadas rebotaba en las paredes pulidas de la cueva, resonando como en el interior de una mampara de ducha. Si había algo vivo en el túnel, se enteraría de su presencia antes de que él llegara allí. Y también a la inversa.

De vez en cuando, Jake se detenía a escuchar. Muy por detrás de él, la tormenta seguía rugiendo. El tenue resplandor de la entrada del túnel se había ido apagando hasta desaparecer. Ya no se veían ni los relámpagos, aunque de vez en cuando un trueno reverberaba por la montaña. Los rayos ahí fuera debían de ser espantosos.

Pero no oía ningún otro sonido. Al menos no con los oídos. Sin embargo, comenzaba a sentir un eco incómodo en el estómago, una sensación innombrable que lo roía como la ansiedad o incluso el hambre, pero parecía algo más hondo.

Su pie resbaló. Enfocó la linterna hacia abajo. Aquí había rocas sueltas. Eso no tenía sentido. Pero también había gotas de agua. La montaña debía de estar llena de grietas, erosionándose lentamente por dentro. Podía haber todo un sistema de drenaje, tallado por milenios de tormentas.

Jake se paró a pensar las posibilidades. En este volcán se podía ocultar toda una instalación militar, fábricas, cuarteles, arsenales. Se estremeció ante la idea. Era justamente de eso de lo que acababa de escapar: la letanía desalentadora de la inacabable preparación para la violencia.

La cuesta del túnel era más empinada aquí. De vez en cuando tenía que parar para recuperar el aliento. Y debía tener más cuidado de dónde pisaba. Pero aun así no lo vio, sin darse cuenta de la cosa que había pisado hasta que sintió su roce bajo la bota. Hasta que oyó el chirrido metálico.

Miró hacia abajo.

Emitía un brillo dorado. Más brillante que el oro. Un tono de luz tan bonito como antinatural. Un fragmento de algo metálico, pero sin ser metal.

Al principio creyó que era la hoja de un cuchillo, o incluso una espada, pero exhibía una curva elegante. Se inclinó para examinarlo más de cerca. Le dio un golpecito con el pie. Se agachó ante el objeto, espirando sonoramente y mirando esa cosa con auténtico fastidio. No por lo que era, sino por lo que significaba.

Le dio unos toques cautelosamente, muy consciente de que podía ser algún tipo de máquina esperando a ser activada. Parecía la punta rota de una lágrima.

—No —dijo Jake—. No, no y no.

Se puso en cuclillas y estudió el objeto, deseando que fuera otra cosa, deseando estar en otro lugar. De no haber sido por la tormenta de fuera, se habría largado inmediatamente. Habría vuelto corriendo a su campamento base, cargado su equipo en el saltacharcos y regresado a toda pastilla a la nave colonial. De hecho ya estaba planeando su retirada. Iba a tener que abandonar esta isla, este planeta, este sistema.

Jake conocía esta cosa. Sabía qué era. Había visto algo parecido en un museo de reliquias de guerra. No era igual, pero sí el mismo tipo de metal que no era metal. El mismo amarillo nacarado tan intenso. El mismo brillo inalterado. Sin herrumbre, sin picaduras, sin señales o quemaduras. Tan solo un fragmento roto de algo que se había torcido y finalmente se había roto por la tensión.

Metal protoss.

No estaba solo.

Jake se obligó a respirar despacio. Contó hasta diez. Hasta veinte. Hasta ciento ochenta. Tal vez se estaba precipitando con sus conclusiones. Tal vez había otra explicación. El metal protoss no se deterioraba, no se erosionaba. Tal vez este trozo llevaba aquí años, siglos, quizás incluso milenios. Tal vez los protoss habían venido aquí, no encontraron nada útil y se marcharon.

Jake cogió el trozo brillante y lo miró, girándolo una y otra vez en sus manos enguantadas. No. Esto no era algo que se hubiera desechado. Esto era algo que había sido arrojado aquí, retorcido y roto como los trozos del museo de las batallas. Solo que este trozo tenía profundos surcos y arañazos a lo largo de un lado. Marcas que parecían hechas con dientes o garras.

—No, no, no —dijo Jake—. No puede ser verdad. —Lo dijo en voz alta—: No estoy solo. Aquí ha habido protoss. Y perdieron una pelea con alguna otra cosa que también había aquí.

Las rodillas le comenzaron a doler de estar tanto rato en cuclillas. Con el fragmento de metal que no era metal aún en la mano, se enderezó. Podía seguir subiendo para adentrarse más en el volcán... o podía retroceder hasta el buitre y capear la supertormenta. O podía quedarse aquí, paralizado por la indecisión; la misma indecisión que lo había tenido sentado a los controles de la nave colonial durante una semana hasta que reunió al fin el ánimo para descender a la superficie del planeta

Si bajaba de vuelta, nunca sabría qué amenazas podían acechar dentro de la montaña. Nunca sabría qué había causado aquel grito a medianoche. Si seguía subiendo... en fin, al menos sabría a qué se enfrentaba, si debería quedarse o evacuar.

Si es que sobrevivía al encuentro.

—No —dijo Jake. Podría haber usado otras palabras, pero *no* era la que parecía más apropiada.

Los siguientes metros de la ascensión eran empinados, pero de repente el tubo de lava se nivelaba y se abría a otra cámara vertical. Su linterna penetró la oscuridad con una lengua de luz azul. El suelo

de la estancia era un revoltijo rocoso; el techo era una cúpula pulida, pero no era eso lo que le llamó la atención.

Aquí había habido una batalla, una grande. Las paredes de la cueva estaban chamuscadas, y al fondo había desparramados pedazos del metal que no era metal. La mayoría eran dorados, algunos plateados. Jake no era un experto en tecnología protoss, pero creía reconocer algunos de los fragmentos plateados: podrían haber sido las patas rotas de las cosas que llamaban acechadores. Otras piezas, de un amarillo brillante, fueran tal vez los restos de esas máquinas de guerra más grandes conocidas como inmortales.

Debería haberse sentido fascinado, incluso deslumbrado ante la visión de máquinas de guerra protoss, pero no era así. La visión de toda esta carnicería metálica lo dejó inquieto y trastornado. Aquello sugería —no, demostraba— que había algo terrible en este mundo, tanto como para hacer pedazos a un grupo de protoss fuertemente armados.

—No —dijo Jake—. No, no, no. —De todas las palabras que Jake había dicho desde el aterrizaje, *no* era una de las más usadas, según la pantalla de datos de su visor.

Se desenganchó una consola del cinturón y envió una nube de microespías a la gran cámara. Los minúsculos dispositivos propulsados por hélices eran tecnología de Umoja, y había pagado un buen dineral por conseguirlos en el mercado negro, convencido de que algún día le serían de utilidad. Se pusieron de inmediato a dar vueltas lentamente por la estancia, explorando, midiendo, escuchando...

...hasta que un haz azul brillante destelló desde el otro extremo de la cueva, pasando de un microespía a otro, desintegrándolos a todos en un chispazo de luz deslumbrante.

Jake retrocedió de un salto a las sombras, consciente mientras lo hacía de que eso no importaba. Estaba claro que lo que fuera que acababa de incinerar a sus microespías lo había señalado también a él como objetivo. Ya mientras la primera oleada de adrenalina se le desbocaba por el estómago, el pecho, el corazón, se daba cuenta de que si estaba vivo era solo porque ese algo lo *quería* vivo.

Respiró hondo una vez, dos, tres... y dio un paso adelante. Correr sería lo peor que podía hacer.

Al otro lado de la cueva, donde otro tubo de lava se abría a la gran estancia —o quizás era una continuación de *este* tubo de lava—, algo refulgía. Algo alto. Algo no humano.

En aquel instante, Jake supo de repente que era extremadamente afortunado... y también extremadamente desafortunado. Ahora era uno de los poquísimos seres humanos del sector que había estado frente a frente con un protoss. La razón de que hubiera tan pocos era que la mayoría de quienes habían estado frente a frente con un protoss no habían sobrevivido al encuentro.

—Mmm, hola —dijo. Levantó la mano derecha en un intento de saludo.

* * *

Lassatar estudió a la criatura que estaba frente a él. Había sabido de su presencia en la isla desde el día en que llegó. Ahora, aquí en esta caverna, podía al fin examinarlo.

Humano. Recubierto de tecnología primitiva. Se creía poderoso. Tenía un remedo de pensamiento envuelto en torno a un núcleo de sentimientos primarios, especialmente miedo. Era un imperativo biológico que se hacía pasar por pensamiento, que aspiraba incluso a ser pensamiento puro, pero en realidad era solo una máquina orgánica impulsada por una maraña torpe de ansia, miedo, rabia y deseos vagos e incómodos.

Deseaba intimidad, pero temía el contacto con su propia especie. Deseaba conocimiento, pero temía el descubrimiento. Deseaba cambio, pero temía la acción. Deseaba paz, pero temía la muerte.

Deseaba conciencia, estaba sediento de una luz que apenas podía sentir débilmente, pero temía renunciar a la condición bestial que lo mantenía atrapado en una jaula de emociones. Reaccionaba más de lo que actuaba.

Todo esto y menos aún.

Que los humanos hubieran obtenido la tecnología de distorsión era más una demostración de lo fácilmente conocible que era este universo que una prueba de inteligencia nativa alguna. La especie humana aún no había terminado de evolucionar, y probablemente nunca lo haría. Se destruiría a sí misma antes de tener la oportunidad de alcanzar su propio estado superior.

Sin embargo, la pura pasión de estas criaturas les confería una aterradora serie de habilidades. Podían crear casi con tanta ferocidad como podían destruir. No eran unos descerebrados. Y, para este templario tétrico, la posibilidad de aquello en lo que un humano se podía convertir era una cuestión irresistible que merecía una gran consideración.

Si compartes una galaxia con otra forma de vida, o bien es un socio o una plaga. No existe la neutralidad. Si la relación no es de contribución mutua, será de destrucción y guerra eterna. La vida es inevitable. Los recursos son finitos. Lo demás no es más que un ejercicio para aprendices.

En el breve instante entre la destrucción de los microespías y el momento en que la criatura levantó la mano para saludar, Lassatar contempló mil opciones. Su curiosidad se impuso a todas ellas.

Ya había tenido experiencia con humanos otras veces, la mayoría de ellas violentas, pero un encuentro fortuito en un mundo trivial le había hecho considerar las posibilidades que tenía esta especie inacabada de alcanzar una conciencia. ¿Se podría entrenar su mente primitiva y brutal? ¿Era posible elevar el espíritu de este animal? ¿Podía aprender las responsabilidades más profundas de las tecnologías que había creado? ¿O era como los herbívoros gigantes del continente: ¿un callejón sin salida a nivel evolutivo, condenado por su propia biología a comer y ser comido a su vez, sin una capacidad real de comprender su propia participación en los procesos del tiempo?

La criatura que ahora tenía ante sí...

Lassatar reconoció una curiosa similitud.

Al igual que él, la criatura había elegido separarse de los suyos. Los humanos hacían eso con frecuencia, y a menudo sin un motivo aparente.

A priori no tenía sentido. Ese comportamiento no parecía tener valor evolutivo. Separado de la tribu, de la manada, de la familia, la capacidad de supervivencia de una unidad solitaria se veía considerablemente mermada. Y ese duro caparazón tecnológico rara vez ofrecía suficiente protección contra las fuerzas inclementes del universo. Y si la unidad solitaria viajaba sin una pareja, sin la capacidad de reproducirse, la acción era biológicamente fútil.

Pero aunque el valor evolutivo no resultara obvio a primera vista, no dejaba de ser inherente. De lo contrario, el comportamiento no se seguiría produciendo, habría desaparecido de la especie rápidamente. Era evidente que el hecho de que algunos de sus miembros se dedicaran a la exploración y el descubrimiento tenía un valor para la supervivencia del patrimonio genético. El comportamiento podía funcionar como una vía útil hacia el desarrollo de un pensamiento más avanzado dentro de la especie: un camino hacia el crecimiento de una mente realmente consciente. Podía incluso ser un activador evolutivo tan profundo como la capacidad de andar erguido o el uso de herramientas.

El futuro de la humanidad era una cuestión que los protoss más viejos abordaban ocasionalmente. Los humanos eran una anomalía curiosa, una especie atrapada en la cúspide de la potencialidad.

Atrapados entre sus feroces impulsos biológicos y la posibilidad de una conciencia, los humanos eran una pregunta que aún debía formularse a sí misma. La resolución del dilema podía tener su interés, pero no era digna de auténtica consideración. No hasta que se hubiera eliminado por completo la amenaza de los zerg. No obstante, todo encuentro sería otra pieza en la creciente estructura de pensamiento.

Lassatar era un guardián de secretos, un protector de misterios antiguos, y consideraba su deber una responsabilidad sagrada. Más que eso, una identidad. Para Lassatar, su trabajo requería de él que fuera el espíritu viviente del patrimonio protoss. Ser un mero guardián no bastaba para él. Tenía que ser una personificación viva, tenía que ser un acceso a los poderes y habilidades del pasado.

Él creía que los secretos y misterios del pasado antiguo eran importantes, y que tenían un profundo significado para los protoss de hoy. La vida era mutable. Los primeros protoss lo sabían; no solo como teoría, sino como aplicación real.

La vida *evoluciona*. Cambiaba. Se desafiaba a sí misma y se adaptaba a cualquier circunstancia que se produjera a su alrededor. Para una mente superior, los procesos eran hermosos, crueles y poderosos. Para una mente superior, una que pensara en términos de milenios, la evolución era una herramienta, y los primeros miembros de la especie protoss usaron esa herramienta con destreza. Practicaron la aplicación de presiones evolutivas para mantener y controlar los entornos de los mundos que reclamaban. A menudo elevaban ecologías enteras de un estado primario a uno estable.

Mientras estudiaba los procesos antiguos, Lassatar se había parado a pensar brevemente cómo se podrían aplicar hoy esos misterios. Por ejemplo, ¿sería posible *eleva*r a los humanos hacia una conciencia real? ¿Se convertirían entonces en un socio útil en la guerra contra los zerg?

Era una cuestión interesante, pero que ninguna autoridad protoss tendía a plantearse detenidamente, y mucho menos a intentar averiguar. Los humanos eran propensos a la violencia y a las emociones descontroladas. Ni siquiera una conciencia auténtica eliminaría ese núcleo emocional. Elevar a la humanidad podría dar como resultado una especie muy peligrosa, tal vez una amenaza para los protoss. Ese riesgo era demasiado grande.

Y... no era una investigación que pudiera asumir por su cuenta sin violar la integridad de su cometido. Él solo era el guardián de los misterios, no su dueño. Sin embargo... un hecho anómalo lo había llevado a una esfera de pensamiento distinta.

Había estado buscando una importante reliquia, un artefacto Xel'Naga. Lo había encontrado cerca de un único asentamiento humano. Pero al mismo tiempo también había encontrado una niña humana. La criatura había demostrado una sorprendente cantidad de inocencia y capacidad de asombro, rasgos que no habían sido evidentes en ninguno de los encuentros hostiles en la experiencia de los protoss.

Pero si esa humana inmadura era capaz, ¿qué sugería eso acerca de todos ellos?

Lassatar era muy consciente de que los humanos aún no habían alcanzado la conciencia, ni siquiera una ilusión de ella. En la escala de la conciencia propia, los humanos apenas estaban por encima de los insectos. Eran *esclavos* de la fisicalidad de sus seres, estaban controlados por la química de sus cerebros, impulsados por sus propias tormentas hormonales, eran víctimas de las circunstancias con que se encontraban al nacer. Quedaban deslumbrados ante los estímulos y funcionaban como criaturas reactivas: máquinas orgánicas simples y previsibles. Que sus cerebros hubieran evolucionado hacia el raciocinio era un accidente evolutivo, un proceso que aún estaba en marcha.

Pero el encuentro con la pequeña hembra y su padre, que se había transformado de ser violento a protector cariñoso y compasivo, lo había dejado desconcertado e intrigado.

La compasión y la empatía eran un reconocimiento a la mismidad de los demás, un componente clave de la conciencia, la capacidad de reconocer la existencia de consciencia más allá del propio ser. Un pequeño primer paso, pero tal vez el más necesario. Ver la demostración de este potencial en un humano... exigía una investigación. Y también la siguiente pregunta. ¿Por qué con la edad disminuía esta capacidad en los humanos? ¿Por qué no maduraba con el individuo? ¿Era esta la causa de que la especie no lograra alcanzar una conciencia auténtica?

Lassatar trasladó esa pregunta a sus acólitos mientras reflexionaba sobre la naturaleza del artefacto Xel'Naga. Poco se sabía de él, y tal vez reactivarlo entrañara un riesgo considerable. No era una tarea que se pudiera tomar a la ligera.

Así, les dijo a sus acólitos que reflexionaran sobre la naturaleza de la percepción y la conciencia propia. *Considerad las cuestiones de la compasión, el reconocimiento de la mismidad de los demás. Considerad la naturaleza de la conciencia como una función de la capacidad de usar el tiempo, cómo la memoria crea historia, la historia crea identidad, y la identidad crea el impulso de supervivencia.*

¿Qué tipo de conciencia resulta, preguntó a sus acólitos, si una especie es elevada? No especificó en qué especie estaba pensando, y tuvo la prudencia de recordarles sus limitaciones. El trabajo del guardián era proteger, no aplicar. Sí, la investigación era parte del trabajo, pero la experimentación directa no.

Aun así, los acólitos cuestionaron si no era la experimentación parte del proceso de investigación. Aquel era un asunto totalmente distinto sobre el que Lassatar no deseaba profundizar. Requería más consideración de la que quería dedicarle en ese momento. El artefacto Xel'Naga tenía prioridad en lo que a su atención se refería.

Así, los dejó con el único mandato de que reflexionaran en profundidad sobre los dilemas esenciales de la conciencia, confiando de que tal investigación los mantendría ocupados y apartados de problemas. Tal vez debería haber sido más específico en su mandato.

Se fue con el artefacto Xel'Naga a un asteroide remoto y estéril y reflexionó tranquila, paciente y metódicamente sobre su historia, su naturaleza y por qué la raza antigua lo había ocultado deliberadamente. Cuando al fin creyó haberlo entendido, reactivó el artefacto.

Y descubrió...

Lo que descubrió... lo impresionó.

No por lo que era, sino por lo que podía ser. No se trataba simplemente del poder que el artefacto Xel'Naga liberaba, sino de las implicaciones de ese poder. ¿Podía él revelar lo que había descubierto? ¿Debería hacerlo? ¿Lo haría?

No era una cuestión que pudiera resolver por su cuenta, pero tampoco una información que pudiera compartir con cualquier otro protoss. Se encontraba en un dilema que podía devorarlo. No veía más opción que un exilio autoimpuesto.

Regresó de su retiro para informar a sus acólitos de que tendrían que disolverse, pero se encontró con que habían desaparecido. Fue la primera vez que usó el poder del artefacto Xel'Naga.

Lo usó para seguir su rastro psiónico hasta aquí...

Lo que encontró lo dejó consternado. Luego horrorizado. Y luego apenado.

Y si hubiera sido capaz de sentir pánico, también lo habría experimentado.

Sus acólitos habían hecho suya su investigación y la habían seguido hasta el punto de la locura. Si era posible alterar la estructura genética de una especie para cambiar su conducta, ¿podían modificar a los zerg para convertirlos en algo menos peligroso?

Aquí, separados del ideario protoss, lejos de los ojos de la autoridad protoss, los acólitos de Lassatar habían experimentado discreta y metódicamente con la biología de los zerg. Se habían justificado a sí mismos sus acciones al decidir que simplemente estaban poniendo a prueba una teoría para poder informar de su utilidad. Pero había también un orgullo arrogante en su trabajo. Habían creído que disponer de pruebas de un intento saldado con éxito no solo modificaría la discusión acerca de los zerg, sino también toda la metodología de combate. Empujados por la ambición, sus acólitos habían creído que ascenderían a niveles superiores.

Si por lo menos hubieran sobrevivido.

La presencia del humano complicaba aún más la situación.

Los acólitos de Lassatar habían seleccionado este mundo por la misma razón que el humano. Estaba tan apartado de las fronteras del sector Koprulu que la detección de su presencia aquí era extremadamente improbable. Qué irónico, pues, que el humano hubiera encontrado pruebas de sus experimentos.

Tenía que ser un accidente.

Si los humanos estaban investigando los experimentos de sus acólitos en este mundo, no habrían enviado a un único explorador.

De modo que tenía que ser un desafortunado accidente.

Así, no veía a este humano como una amenaza; por lo tanto no había necesidad de actuar contra él. Pero tal vez...

Lassatar tuvo que dejar ese pensamiento sin terminar. No podía contemplar todas las posibilidades de la situación. Aún no. Había demasiadas incógnitas. Y aún no había resuelto el problema del artefacto Xel'Naga.

Todo ese proceso de pensamiento —su contenido y también su contexto— pasó fugazmente por su mente en menos tiempo del que había tardado en borrar de la existencia los microespías. Así que para cuando el humano levantó la mano y dijo " Mmm, hola", Lassatar ya había decidido dejarlo vivir.

Como todos los protoss, no disfrutaba con la destrucción sin sentido de vida. Era un desperdicio. Permitir que el humano siguiera existiendo daría acceso a nuevas oportunidades. Matarlo eliminaría esa opción.

Así pues, se desvaneció retrocediendo hacia la oscuridad, desapareciendo de la vista el humano.

* * *

—Eso ha sido muy raro —dijo Jake. Sacudió la cabeza con perplejidad. Sin saber qué más hacer, comprobó su indicador en pantalla.

Todos sus indicadores estaban en verde, pero había una ligerísima perturbación al fondo. Estática. Ruido. Algo. Tal vez la radiación contextual. No lo distinguía. Había visto cosas peores. Podría ser incluso el ruido residual del sistema en sí.

O quizás no.

Jake no tenía suficiente experiencia con este mundo, y aún no había invertido nada de energía emocional en él. Todavía podía irse. Tal vez debería hacerlo. Algo había destrozado a esos acechadores e inmortales. Y solo había una especie que él supiera que atacaría a un protoss... y que fuera capaz hacerle realmente daño.

Si alguna de esas cosas estaba en este mundo, tenía que marcharse. Eran la antítesis de cualquier forma de vida que no fuera la suya propia.

A menos que... ¿Y si habían nacido aquí y los protoss ya las habían destruido? No, eso era hacerse ilusiones. Los fragmentos de restos que había en la cámara eran trozos de armadura protoss. Jake no veía nada de los atacantes. Quien fuera o lo que fuera que había despedazado a los protoss los había atacado sin avisar y los había arrollado por completo. Había arañazos en las paredes y en el suelo de la estancia, y también en una de las piezas de metal, pero eran imposibles de identificar.

Y ya puestos, ¿cómo se había formado esa cámara? ¿Por el efecto de algún tipo de explosión? No lo sabía. No era experto en tecnología protoss. ¿Y los demás tipos? Eran aún más misteriosos para Jake.

No, tenía que centrarse en la cuestión más inmediata. ¿Por qué seguía vivo?

Pero si ese protoss de aspecto siniestro no quería matarlo, ¿entonces por qué había destruido sus microespías? ¿Qué tipo de amenaza representaban? ¿Calor? ¿Ruido? ¿Radiación? ¿El olor del combustible? ¿Las señales inalámbricas? Esos dispositivos de Umoja eran más pequeños que un mosquito. Su impacto en el entorno local debería haber sido imperceptible. Bueno, o al menos insignificante.

Debería.

¿Se le estaba escapando algo?

Si los microespías eran detectables de algún modo, de repente la razón de que el protoss los hubiera destruido era ineludible. El objetivo era evitar que atrajeran a otra cosa. Algo muy feo.

—No.

Jake frunció el ceño, sacudió la cabeza y meditó sus opciones. Había elegido este sistema en concreto porque quería estar solo. Este mundo estaba tan apartado más allá de la frontera que le había parecido impensable que encontrara protoss o zerg. Debería haber sido un refugio seguro.

—¡Ja! —dijo—. Pues me he lucido. —Había encontrado un planeta con ambos.

Parte de él quería huir. De hecho podía esgrimir razones de peso para optar por esa vía. Debería volver al buitre, encenderlo, encararlo al túnel —a pesar de la supertormenta del exterior— y aprovechar la primera oportunidad para marcharse.

Y aunque no hubiera una primera oportunidad, también podía marcharse al primer ruido de garras en la oscuridad. Sí, tenía más armamento en el buitre, pero había visto lo que los zerg habían hecho a la tecnología mucho más avanzada de los protoss. Para Jake, una salida rápida sería la opción más segura y práctica. Pero retroceder hasta el buitre también conllevaba estar solo en la oscuridad, esperando con un terror creciente. Y esa idea no lo seducía. Lo paradójico de la cobardía, comprendió Jake, era que requería acciones valerosas para evitar las horribles consecuencias que más temías.

En vez de retroceder, tenía que avanzar, siguiendo al misterioso protoss. No sabía mucho sobre los protoss, solo las obviedades de que informaban en las noticias. Pero le pareció que este era un templario tétrico.

A pesar de algunos casos conocidos de conflictos, los humanos y los protoss no estaban en guerra, y de hecho se sabía que habían cooperado en algunas ocasiones. Por lo que Jake sabía, la relación era tenue e incierta: ni aliados ni enemigos, sino socios de conveniencia ocasionales. Se preguntó si ese era el caso aquí.

Se abrió camino cuidadosamente a través de la cámara esférica que interrumpía el tubo de lava. Por lo que podía adivinar, el espacio lo había creado algún tipo de explosión esférica. Había grandes piezas de roca volcánica formando una especie de camino de piedras irregulares, pero las paredes

en sí parecían fusionadas. Fuera lo que fuese lo que había sucedido aquí, nada había sobrevivido. Eso explicaba los trozos de tecnología protoss. ¿Habían sido sacrificados? ¿O habían usado los zerg a sus bombarderos biológicos suicidas, los pesteling? Bichos explosivos. Eso era más probable y seguramente era lo que había ocurrido. El tamaño de la cámara le daba a Jake una idea bastante aproximada de la potencia de la detonación. Y la forma como las rocas se habían erosionado —casi derretido— y esos pequeños charcos humeantes de aquí y allá eran una señal inequívoca de ácido de pesteling. No era buena idea dispararle a un pesteling, pero si no disparabas, las consecuencias eran peores. De un modo u otro, las posibilidades eran pocas

Al otro lado del radio de la explosión, donde el tubo de lava continuaba, no había señales del templario tétrico. Se había retirado lejos por el túnel. Jake no oía ningún sonido de batalla. Era de suponer que podía continuar. Deseó poder enviar más microespías, pero tenía que haber una razón para su destrucción, y no iba a arriesgarse más.

Avanzando por el túnel, con solo su linterna acuchillando la oscuridad apremiante, comenzó a sentir el peso de la montaña a su alrededor. Las paredes parecían más cercanas y estrechas aquí. Había esperado que el tubo de lava acabara en una pared de roca lisa, pero estaba claro que no iba a ser así. Tenía que haber algo arriba del todo.

Y ¿adónde había ido el templario tétrico? Además había otra cosa. Jake había oído que los templarios tétricos podían hacerse invisibles como los fantasmas, dejando apenas un vago atisbo en el aire. No sabía si eso era cierto, pero, si lo era, podía tener al protoss justo detrás sin saberlo. No era una idea reconfortante.

* * *

Lassatar tenía sus propios problemas en los que pensar.

El propósito principal de la vida era sobrevivir. Y la mayoría de vida sobrevivía comiendo otra vida. Los zerg eran las formas de vida más perniciosas y hambrientas de vida que los protoss hubieran encontrado jamás. Habían venido al sector Koprulu específicamente para destruir a los protoss. Y ahora, con el Enjambre expandiéndose por el sector, la situación se acercaba al punto crítico.

El peligro era inherente al genoma zerg. Existía porque absorbía otras formas de vida, asimilando sus puntos fuertes. Era así como se había creado a la Reina de Espadas. Y el resultado fue una mente de la colmena aún más fuerte y peligrosa, reconocida ahora como la amenaza más grave en la historia reciente de los protoss.

El control omnipresente de la Reina de Espadas se extendía a través de todas las infestaciones zerg. Ello hacía peligroso aislar y estudiar cualquier forma de la biología zerg. De hecho, cualquier intento de estudiar a los zerg la alertaba a ella de la actividad. A veces la Reina de Espadas manipulaba o frustraba experimentos, y a menudo había intentado subvertir a quienes los realizaban.

Y, por lo visto, la distancia no era un factor limitante.

Esta colonia de aquí... tenía que ser arrasada.

Pero algo raro pasaba aquí. Sus acólitos habían conseguido *algo*. Lassatar tenía que descubrir la verdad, porque en algún *otro* lugar la Reina de Espadas estaba reflexionando sin duda sobre las mismas posibilidades.

Lassatar merodeó por los túneles y las cuevas del volcán. Lo que había encontrado eran los restos de las defensas y mecanismos de control de sus acólitos. Se habían visto superados por la ferocidad de su propio experimento.

Las pruebas indicaban que habían sido sorprendidos por un grupo de pesteling. Solo con ellos no habría bastado para destruir sus máquinas al aire libre, pero en el espacio cerrado de la montaña, con la explosión contenida y con la caída de rocas resultante sobre acechadores e inmortales, todo se había perdido.

La colonia tenía que ser destruida antes de que pudiera hacer metástasis... pero Lassatar dudaba. Necesitaba saber qué habían hecho sus acólitos con el genoma zerg. A pesar del peligro de que la colonia pudiera crecer y propagarse mientras él se retrasaba, era de una importancia crítica que comprendiera la naturaleza subyacente de estas criaturas nuevas y la amenaza que representaban.

Mientras la colonia no mostrara señales de expansión —un factor curioso en sí mismo— Lassatar consideraba que aún tenía tiempo de observar. Pero, además, aún no había decidido la forma más eficaz de llevar a cabo la tarea de eliminación. Quizás podría usar el poder del artefacto Xel'Naga, pero dicho poder le daba más miedo que la amenaza de esta colonia zerg.

Tenía más tecnología a su disposición, claro, pero nada que bastara. En vez de eso, tendría que explotar las grandes fuerzas inherentes a la situación. Si podía despertar el volcán de algún modo y desencadenar una explosión masiva, todo el cono se desmoronaría sobre el nido. Sería una forma de asegurarse del todo.

La llegada del humano era un asunto menor.

* * *

Jake siguió subiendo por el tubo de lava, lenta y metódicamente. Si no llegaba a lo más alto en los próximos treinta minutos, daría media vuelta y volvería hacia abajo. Si la tormenta había amainado lo suficiente, se iría. No solo del volcán, no solo de la isla, sino del planeta en conjunto.

Se detuvo a escuchar. Nada. Podía oír su propia respiración. Podía sentirse sus propios latidos. Imaginó que podía oír incluso el sonido de su propia sangre corriendo por las venas. Nada más. Se sentía tan solo como podía estarlo un ser humano.

Y entonces... su pie rozó algo. Algo que no era roca.

Jake bajó la vista.

—Oh. Biomateria.

No mucha. Solo un zarcillo. Pero se veía que era la biomasa fétida que alimentaba a los zerg y envenenaba todo lo demás. Dentro, una red de conexiones neuronales que llegaban hasta lo que fuera que pasaba por una mente. O tal vez algún tipo de vasta red psiónica, no lo sabía. Pero sí sabía que con solo rozar la biomateria con el dedo del pie acababa de anunciar su presencia a los zerg. A todos. Cerca. Lejos, donde fuera.

Eso fue determinante.

Retirada. Era su única opción.

Lo más rápido que pudiera. Quizás pudiera sobrevivir.

Aún no había terminado de articular ese pensamiento y ya estaba en marcha. Saltó hacia atrás, dándose media vuelta, ya a la carrera, bajando a trompicones por el tubo de lava. Le costaba mantener el equilibrio, y resbalaba y daba traspies por las pulidas superficies de obsidiana.

Su linterna iba de aquí para allá como loca. El corazón se le aceleró mientras la adrenalina corría por sus venas. En un momento dado cayó y bajó deslizándose por una cuesta especialmente inclinada, girándose y dándose la vuelta mientras intentaba agarrarse, cayendo de cabeza durante un instante.

Luego, girando todavía, chocó contra una pared y pudo frenarse de algún modo cuando el tubo de lava se nivelaba durante un instante.

Sin aliento, presa del pánico, consiguió con todo enderezarse. Se puso boca abajo, de rodillas, se incorporó, encaró de nuevo el camino hacia abajo y siguió corriendo.

Se dijo a sí mismo que podía conseguirlo. *Creo que puedo, creo que puedo*; un antiguo mantra resonaba en su cabeza.

Y entonces llegó a —"¡Oh, no!"— la cámara de los escombros. Por aquí tendría que pasar con cuidado. Toda la ventaja que pudiera llevar se iba a evaporar en un momento.

No se paró a pensarlo, simplemente saltó a la primera roca de lava y siguió adelante. Se aferró a la pata rota de un acechador y se aupó a la siguiente roca, saltó hacia la de más allá, pasó corriendo junto a un trozo del armazón amarillo de un inmortal y trepó al siguiente peñasco. Llevaba medio camino recorrido cuando oyó los primeros sonidos: ruidos agudos de garras deslizándose por la roca, de algo que bajaba rayando y arañando un tubo como de cristal en el que todo resonaba. Muchos algos. Jake no tenía suficiente experiencia para identificar qué era lo que podía estar repiqueteando tras él. Solo sabía que no anunciaban nada bueno. Su indicador en pantalla mostró un número creciente de puntos rojos a las seis en punto.

Delante de él estaba ese último tramo al que había que trepar para llegar a la mitad inferior del tubo de lava. No lo iba a lograr. Se giró para encarar la entrada de la parte superior del tubo, se quitó el arma del hombro y ajustó la zona de fijación de objetivos para que abarcara solo un poco más que la abertura. Si tenía munición suficiente, si no eran demasiados, si podía hacerlos retroceder unos instantes, si se sujetaba bien la lengua en el decimoséptimo martes de un año bisiesto con luna llena y si sacrificaba un carnero a medianoche... entonces tal vez podría llegar a la mitad inferior del tubo de lava. Y a su buitres. A la porra la supertormenta. Prefería ser zarandeado por vientos a 300 km/h que ser destripado por insectos del tamaño de un perro lobo.

Los tres primeros zergling salieron chirriando del túnel que tenía por encima antes de que se hubiera preparado. Se salvó al disparar como un loco sin apuntar. Las criaturas se lanzaron justo hacia su alocada línea de fuego, pero no era suficiente. Lanzó su primera granada incendiaria. ¡Balas de metal voladoras, floraciones de fuego escarlata y ruido ensordecedor! La cámara hizo rebotar el sonido en su dirección, cogiéndolo —a él y a los zergling— por sorpresa. Hubo cosas salpicando en todas direcciones. Nubes de polvo ardiente titilaban en la oscuridad.

¡Menuda potra!

Jake se afianzó para hacer frente al siguiente ataque. Esta vez apuntó el AGR-14 directamente al interior del tubo, centrando sus disparos al fondo de la parte superior, espaciándolos a un ritmo constante, observando todo el rato la cantidad de munición en su indicador en pantalla. Por ahora iba bien, y le quedaban dos cintas de munición. ¿A cuántos zergling podía matar? ¿Sería suficiente? ¿O acabarían arrollándolo?

¡Tres más! ¡Seis! Chillaban con ruidos impíos, con sus garras raspando y arañando la roca cristalina. ¡Otra granada! Los reventó en trozos llameantes. El ruido de las explosiones era terrible. El fuego brillaba y cegaba contra la oscuridad de la estancia. El polvo se volvía más espeso y parpadeaba entre chispas.

Pero todas esas horas en los simuladores no habían sido en vano. Había jugado en solitario; había jugado contra la inteligencia artificial; había jugado en equipo. Lo había hecho por experimentar una aventura irreal, sin pensar nunca que algún día se enfrentaría a unos zergling de verdad, ¡y aquí venían más! ¡Demasiados! ¡Chirriando como seres de pesadilla!

Jake perdió la cuenta. Disparaba a ciegas contra la masa, haciendo pedazos con un fogueo a último, a medio metro de donde él se encontraba. No sobreviviría a la próxima...

¿Le daba tiempo a subir apresuradamente a la entrada del tubo? Echó una mirada hacia arriba y hacia atrás... y a punto estuvo de no ver venir la siguiente embestida de los zergling. No, no le daba tiempo. Tres, cuatro, seis más. Otra granada incendiaria. Los despachurró rápidamente y con gran estruendo. Ya le estaba pillando el tranquilo a esto. Pero se estaba quedando sin munición. Esto no iba a acabar bien. Ahora lo olía ya: el hedor del fuego y algo peor, el olor fétido de monstruos carbonizados y quemándose, la pestilencia de todos los distintos olores de la biología interna alienígena recubiertos de muerte y calcinación y cosas que no sabía identificar. Y ya costaba mucho ver en aquel aire cada vez más denso y parpadeante.

Jake tuvo una idea, una idea desesperada. Quizás podría bloquear la entrada de la mitad superior del tubo de lava. ¿Podría lograr que se derrumbara sin hacer que a él le cayera encima una lluvia de piedras? Le quedaban tres granadas. ¿Bastarían? Solo había una forma de averiguarlo. Tan solo necesitaba unos segundos...

Dieciséis zergling más tarde, el ruido de sus disparos resonaba aún tanto por arriba como por abajo del túnel de lava, y pedazos hediondos y humeantes de carne seguían chocando y quemándose contra las paredes. Comprendió que no iba a disponer de esos pocos segundos.

—¡No!

No a menos que hiciera *otra* cosa.

Apuntó a la parte superior de dentro del túnel y soltó una andanada de fuego abrasador. Las balas trazadoras penetraron la oscuridad como una centella, dejando rastros de luz rojos y amarillos. Desde lejos le llegaron unos chillidos. Del túnel brotaron nubes de polvo y pequeñas avalanchas de guijarros y trozos de zergling.

Tal vez tuviera tiempo. Tenía que sacar la tapa protectora de este interruptor, cebar esta... Demasiados controles. ¿Por qué no había instalado un solo botón? Ah, sí, por seguridad. Es una decisión que tendría que reconsiderar. Pero eso luego. ¡Listo, ya estaba! ¡Y justo a tiempo! Apuntó al techo del túnel y disparó. Una vez, dos veces...

Las granadas describieron un arco para llegar al túnel y desaparecieron en la oscuridad, pasando a emitir un ultrasonido, y entonces...

La explosión descendió con una fuerza tremenda, un muro de ruido estremecedor que lanzó a Jake contra la pared de la cámara. Una sacudida breve y seca, seguida de un temblor tenso, sordo y vibrante, y comenzaron a desprenderse del tubo de lava las primeras rocas, una pequeña avalancha de escombros. Suficiente para enterrar los últimos trozos de inmortales y acechadores. Suficiente para elevar el suelo de la cámara. Suficiente para que a Jake se le destaparan los oídos por el cambio de presión.

—Es lo primero en lo que tendría que haber pensado. —Asintió satisfecho. Inspiró hondo. Y otra vez. Y una vez más. Asombrado de estar vivo todavía, asombrado de su propio aplomo, dio un grito ahogado, aún en estado de shock por la batalla. Estos zergling tenían algo distinto. No se parecían a los del simulador. Eran... Jake negó con la cabeza; tendría que dejar esa cuestión para los ordenadores. Escuchó su corazón golpeándole con fuerza en el pecho y pensó: *Debería parar un momento. Necesito descansar...*

Echó un vistazo a toda la cámara, al polvo que se arremolinaba, al parpadeo de chispas, a las salpicaduras de masa biológica ardiendo; no podía pensar en los zergling como carne, o como insectos siquiera. Eran... simplemente trozos de *algo* repugnante y fétido. Era deprimente. Se suponía que el universo era un sitio prodigioso, lleno de maravillas. Y esto era... El infierno. El fuego subterráneo. Condenación eterna.

Jake se contuvo. —Vale, para ya. Basta de angustia. Es hora de salir de aquí echando leches. —Se giró hacia la cuesta de roca irregular entre él y la mitad inferior del tubo de lava y comenzó a escalar. Estaba a medio camino de llegar arriba cuando oyó los sonidos.

—Oh, no. ¡Venga ya! ¡Déjame respirar! —No le gritó a nadie en concreto, sino al universo en general. Al destino. A la providencia. Lo que fuera—. Basta ya de bromas perversas.

Subió a toda prisa al siguiente saliente de roca, a dos metros aún de su meta. Se giró para ponerse de cara al otro lado de la cámara.

—Oh, no...

La pared entera trepidaba. Había algo excavando al otro lado, algo grande. Algo *muy* grande. Podía oír el ruido de sus garras raspando con fuerza la roca. Esto era *otra* cosa.

Los indicadores en pantalla de Jake mostraban una zona de perturbación más extensa que el área de destrucción de cualquier arma que él tuviera. Dicho de otro modo: —Sea lo que sea, te supera.

—Esto no tiene gracia —le gritó Jake al universo—. Sé lo que tiene gracia. Y esto no la tiene.

Aun así, ajustó el sistema de apuntado de su arma a un círculo de fuego mucho más estrecho. Tal vez podría herir a esa condenada cosa. O quizá tuviera un punto vulnerable —no era probable, pero por probar...—, y si daba con él, ¿quién sabe? Puede que hasta la matara.

La pared del fondo estaba temblando; el polvo de su superficie se elevaba, caían piedrecitas, se abrían grietas, y rocas más grandes crujían y se desprendían. Se apoyó contra la pared oscura que tenía a su espalda, afianzando su postura. Tenía tal vez la oportunidad de un buen tiro. Mantuvo centrada su linterna...

Algo se abrió camino, ¡una cuchilla oscura blandida como un machete gigantesco! ¡Luego otra, balanceándose desde el otro lado! Las rocas caían estrellándose contra la oscuridad. ¡Esa cosa era enorme! ¡Demasiado para ser real! ¿Qué demonios tenía ahí delante?

¿Dónde apuntar? ¿A la boca? ¿A los ojos? La cosa movía la cabeza para atrás y para adelante, blandiendo dos descomunales huesos a modo de guadaña. Si ahí había una boca, no podía verla. ¿Quizás si se cargaba una de sus rodillas lo haría caer hacia delante? Venga, dispara ya...

Pero antes de que pudiera siquiera apretar el gatillo, algo estalló tras sus ojos, entre sus oídos, dentro de su cabeza: la secuela de una explosión psiónica, cegadora, ensordecedora, punzante, estallando en su interior en mil colores, formas, olores y sonidos y saliendo despedida como un fuego helado, a la vez bello y doloroso, delicioso y horrible.

Ante él estaba el templario tétrico, con los brazos extendidos, con un fuego crepitante saliendo de sus manos de cuatro dedos, con sus rayos titilando a través de la cámara volcánica, resonando, chirriando, quemando, calcinando y reventando violentamente a la bestia tambaleante de la pared del fondo. Esta chillaba y se retorció en una horrible agonía.

Jake se quedó mirando, estupefacto.

Al fin, la cosa se desplomó hacia delante, cayendo de cabeza contra las rocas de debajo, impactando con un ruido sordo como una avalancha de carne crujiente. Su hedor abrumador llegó como un azote. Se habría tratado de un ultralisco... si no lo hubieran transformado en algo aún más grande y fiero.

—Por favor —dijo Jake—. Por favooooor.

El protoss se quedó inmóvil ante el cadáver gigantesco, viendo cómo se desplomaba. Destellos de rayos azules danzaban sobre su lomo, evaporándose finalmente y dejando solo humo, polvo y

escombros. Del techo de la cámara no dejaban de caer guijarros. Jake miró hacia arriba, buscando con la linterna indicios de un posible derrumbe.

Pero no, la cámara aguantaba.

Jake se recompuso. Le dolía la cabeza. Le dolía todo el cuerpo. Se sentía desgarrado y aturdido por la explosión psiónica.

—No, no, nooo... —recuperó el aliento y dijo al fin—: Debo de ser el primer humano que ve algo así. O al menos el primero en verlo y sobrevivir. Eso debe de ser la cosa esa psiónica que hacen los protoss. Es... alucinante.

Ya se estaba preguntando si experimentaría una sensibilidad aún mayor al ruido psiónico que antes. Esperaba que no. O tal vez tendría suerte y al haber estado tan cerca de la explosión se le habría sobrecargado y fundido la poca sensibilidad psiónica que tenía. Muchos humanos tenían chispazos de esa habilidad. Pocos tenían la suficiente para ser entrenados como fantasmas. Y ahora Jake se alegraba de no ser uno de ellos. Se sentía agotado, ahí parado.

—Vale, Jake —se dijo a sí mismo—. Es hora de largarse. —Se giró de cara al protoss, levantó la mano para despedirse, y...

...¡alzó el arma de repente y disparó! Contra la oleada de cosas que se esparcían por la pared del fondo. Disparó haciendo un barrido por el centro de la oleada. Su última granada provocó una pequeña avalancha, y la pared de roca se derrumbó, enterrando a los zergling que venían correteando bajo una capa de piedra, polvo y ascuas ardientes.

¿Cómo era que el protoss no los había visto, que no los había eliminado? ¿Necesitaba un protoss tiempo para recuperarse? ¿Tenía que recargarse? En ese caso, la psiónica no era el arma multiuso que todo el mundo creía. Interesante. Aunque tampoco es que Jake tuviera a nadie a quien contárselo.

El templario tétrico se giró hacia Jake y levantó una mano en señal de agradecimiento o despedida; Jake no estaba seguro de qué. Pero el mensaje subyacente estaba claro. ¡Había que irse de allí! El templario tétrico se desvaneció, y Jake escaló apresuradamente las pocas rocas que le quedaban para llegar a la mitad inferior del tubo de lava. Se fue a todo correr hacia su buitre, se subió al asiento, bajó la cubierta para colocarla en posición y comenzó a retroceder hacia la entrada del tubo.

En el exterior, la tormenta aún rugía, pero según los indicadores de Jake ya solo era el borde de la tempestad. El centro estaba muy al norte. La supertormenta solo pasaba rozando la isla, no la estaba barriendo. Los vientos seguían siendo fuertes, más de lo que a Jake le habría gustado, pero el buitre indicaba que podía llegar hasta el campamento. No es que rebosara optimismo, pero tenía la confianza justa. Jake pisó a fondo.

Durante el camino de regreso, sus pensamientos se apelotonaban. Oportunidades, circunstancias, situaciones, elecciones, dificultades, decisiones; cargar e irse parecía la mejor idea. Pero algo lo retenía. El protoss le había salvado la vida. No tenía por qué hacerlo, o a Jake no se le ocurría ninguna razón.

Pero Jake también él le había salvado la vida al templario tétrico. De modo que la deuda estaba saldada.

¿No era así?

¿Por qué había aparecido el templario tétrico en ese momento? ¿Por qué había destruido a ese... ese extraño ultralisco mutante?

¿Qué hacía de hecho allí el protoss?

Jake avanzaba a toda prisa en la noche nublada, gritando mentalmente de frustración. *¡No! ¡Esa maldita cosa quiere algo de mí!* Y para cuando llegó al campamento, supo exactamente qué.

* * *

Lassatar se quedó quieto unos instantes, inmovilizado por lo que había hecho. Agotado. Vacío. Vulnerable.

Había usado el poder del artefacto Xel'Naga. O quizás el artefacto Xel'Naga lo había usado a él; no estaba seguro.

Pero ahora lo entendía.

El artefacto Xel'Naga era una lente psiónica. Y algo más. Algo aterrador. Como lente, el artefacto Xel'Naga amplificaba y concentraba los poderes psiónicos de quien lo empuñara. Pero, más allá de eso, el artefacto Xel'Naga se vinculaba al portador de forma que, aunque este no tuviera poderes propios, sí tenía el poder psiónico del artefacto Xel'Naga a su disposición.

En aquel momento del ataque, Lassatar contaba con tanto poder psiónico como un arconte. Tal vez más incluso. El artefacto Xel'Naga explotaba enormes campos de energía, pero controlar esos campos requería toda la energía del portador. El artefacto le había chupado su fuerza y energía y lo había usado todo para modificar las propias habilidades psiónicas del dispositivo, centrándose en los atacantes zerg, apuntándolos y liquidándolos en medio de una tormenta psiónica.

¿Qué se podría hacer con este artefacto si cayera en manos de alguien aún más versado en las artes psiónicas, como un arconte, por ejemplo?

Y más aún, el descubrimiento de que era posible acceder a vastos campos psiónicos, concentrarlos y aplicarlos, incluso por parte de quienes carecieran de poderes psiónicos... ¿Qué supondría ese conocimiento para los protoss como raza?

Como guardián de los misterios del pasado, Lassatar tenía que preguntarse a quién protegía de estas reliquias. ¿Por quién las estaba protegiendo?

No podía responder a esa pregunta. No aquí ni ahora.

Primero debía encargarse de esta situación. Y ahora el artefacto Xel'Naga formaba parte de esto. La antigua reliquia no solo expandía la capacidad de actuar; también expandía la capacidad de *ver*.

Sus conocimientos sobre esta imposible colonia zerg se habían expandido de forma súbita e inquietante. Lo que no había sido evidente en las formas de vida más pequeñas —los pesteling y los zergling— era aterradoramente obvio en el gigantesco ultralisco mutado que se había abierto paso por el túnel.

Sus acólitos habían creado zerg con *identidades*.

Ahora comprendía lo que sus acólitos habían hecho. Y el porqué. ¿Era posible subvertir a la Reina de Espadas? Este era su laboratorio de pruebas. Habían aislado la montaña psiómicamente. La Reina de Espadas no sabía que aquí había esta colonia. Esta colonia no sabía que había otros zerg. Estaban solos y aterrados. El campo de aislamiento los mantenía atrapados en una pesadilla agorafóbica.

Por eso habían fallado. El error estaba en el terror.

Cuando unas criaturas individuales desarrollan una identidad, también desarrollan la necesidad de prolongar esa identidad, una necesidad de supervivencia. Cuanto mayor es el sentimiento de individualidad, mayor es la necesidad de supervivencia. Cuanto mayor es la necesidad de

supervivencia, menor es el control que la Reina de Espadas tendría sobre las partículas de su dominio.

Este experimento... Al aislar la colonia, los acólitos habían cambiado radicalmente el equilibrio interno de la especie. Fuera lo que fuese lo que intentaban hacer, ya habían triunfado... y fracasado.

Los zerg no se retiraban. Incluso derrotados, hacían pagar a sus enemigos con sangre por cada metro avanzado. Pero en el caso de que los miembros individuales de un nido vieran que no tenían posibilidad de sobrevivir a un ataque, reconocerían el final de la identidad. Separados ahora en individuos, con cada criatura zerg experimentando su conciencia propia específica, la colonia quedaría fracturada. ¿Reconocerían todos los distintos zerg su destrucción inminente? ¿Vacilarían? ¿Les entraría el pánico? ¿Huirían?

Esa parecía una conclusión lógica.

Pero a los acólitos les faltaba experiencia para entender que la premisa era demasiado sencilla. Habían dado por sentado que al crear identidades en los zerg los infectarían con cobardía.

Era un error comprensible.

Un error fácil de cometer si no se meditaba más profundamente. El error solo resultaba obvio visto en retrospectiva, pero los subordinados de Lassatar, los arquitectos de este horror, habían muerto por su presunción.

No habían terminado de reflexionar al respecto. Las emociones tienen una naturaleza biológica, son una reacción visceral a procesos intelectuales. El miedo se produce ante la percepción de peligro. Algunos miedos se basan en circunstancias inmediatas; otros están menos fundamentados, produciéndose en cambio por una consideración emocional de posibilidades aún en formación.

El extremo más bajo del espectro emocional —pena, miedo, hostilidad— era una vasta sinfonía de momentos interrelacionados. El extremo más alto del espectro —alegría— tenía un alcance mucho más restringido. Los experimentadores no habían tenido en cuenta que los zerg fueran capaces de experimentar algún sentimiento positivo. Al ser tan descerebrados como hormigas, no tendrían una necesidad evolutiva de alegría. Así pues, los acólitos de Lassatar no habían abordado esa posibilidad en sus hipótesis.

Lassatar los podría haber advertido. Él lo había visto claramente en los humanos que se había encontrado. Como la alegría era tan infrecuente en sus vidas, era extremadamente valiosa para ellos, y por tanto la buscaban de cualquier forma posible.

Lo había visto en el encuentro en el que descubrió el artefacto Xel'Naga y conoció a la niña; también había un segador humano. La niña había encontrado alegría en la familia, mientras que el segador solo la tenía al matar. Era la única alegría que el segador hubiera conocido o captado.

Estos zerg de aquí no sabían cómo encontrar alegría en la familia. En vez de eso, habían aprendido a alcanzarla en los asaltos. Disfrutaban atacando; disfrutarían incluso al morir atacando. Esto los haría aún más fieros, mucho más peligrosos en modos aún no imaginados. ¿Qué otras consecuencias quedaban todavía por descubrir?

Durante un instante, Lassatar se planteó la posibilidad de que los experimentadores pudieran haber tenido éxito en formas que no preveían. Quizás la naturaleza de la identidad era tal que su ulterior desarrollo pudiera dar lugar a cismas en el Enjambre zerg, como la guerra civil que se había producido cuando la Reina de Espadas había desafiado a los cerebrados. Pero la Reina de Espadas había arrollado a los cerebrados, y los zerg se habían vuelto aún más peligrosos. ¿Y si estas cosas acababan con la Reina de Espadas y los zerg se volvían aún más mortíferos?

No podía correr el riesgo de averiguarlo. No podía dejar que esta colonia creciera. Si estas criaturas alcanzaban una masa crítica, se diseminaban más allá de los límites del aislamiento psiónico de la montaña. Y si eso ocurría, se propagarían más allá de este mundo...

Lassatar tuvo que admitir que no disponía de los recursos para destruir este nido.

Pero el humano sí. Lassatar podía servirse de él.

Muchos humanos tenían una forma primitiva de capacidad psiónica, una tosca cualidad bestial que entendían como sentimientos sin pruebas: corazonadas, presentimientos y momentos inexplicables sin causalidad. Algunos pocos humanos poseían habilidades más poderosas, lo suficiente para ser reconocibles, controlables, incluso adiestrables. Los humanos habían creado incluso una academia en la que entrenar a sus guerreros psiónicos, a los que llamaban *fantasmas*.

Este humano tenía la rudimentaria habilidad psiónica del resto de la especie. Pero al igual que el artefacto Xel'Naga había hecho posible que Lassatar contara temporalmente con los poderes un arconte, el dispositivo había despertado y expandido el potencial de este humano como receptor psiónico.

El humano no lo oiría como comunicación, no, pero lo sentiría, y con eso debería bastar.

Para Lassatar no había sido problema revestir la explosión psiónica del artefacto Xel'Naga con la imagen de un volcán estallando. Los zerg lo temerían.

El humano lo experimentaría de otro modo.

* * *

Jake no sabía cómo lo sabía, pero lo sabía.

Como si hubiera recorrido cada metro de la montaña por su cuenta, conocía cada tubo, cada túnel y cada cámara. Como si se hubiera conectado directamente a la biomateria psiónica en persona, sabía por dónde y hasta dónde se extendía cada zarcillo. Como si se hubiera convertido en alguna especie de ordenador biológico orgánico, entendía exactamente lo que haría falta para activar este volcán y destruir este nido. Como si de repente se hubiera separado de su propia vida y estuviera mirándose a sí mismo desde arriba, como algún tipo de metadiós, sabía exactamente qué había sucedido.

—¡Maldito protoss! —dijo—. ¡Ese perchero dorado entrometido y manipulador! —Golpeó los controles del buitre para que bajara deslizándose hacia el hangar de su saltacharcos—. Bueno, pues no tengo por qué... —Pero antes de terminar siquiera el pensamiento, sabía que estaba equivocado.

—No —dijo.

Fueran los que fueran los pensamientos o imágenes implantados en su cerebro, la obligación era demasiado fuerte. *Tenía* que hacerlo. Y él lo sabía. No como un conocimiento, sino como una forma de ser. Era como si se hubiera convertido en un tipo de persona totalmente diferente. No podía irse de este mundo hasta que hubiera destruido a los zerg... o perecido en el intento.

—¡Yo solo quería un poco de tranquilidad! —le gritó al cielo, a los últimos vestigios de la tormenta—. ¿Era demasiado pedir? —Alzó los brazos y agitó los puños—. ¡Protoss! ¡Supertormentas! ¿¡Zerg gigantesco!?! ¿Volcanes infestados? ¡Vale, lo pillo! ¡Todo eso del karma y de pagar las consecuencias! Pero... ¿esto no es pasarse un poco?

En respuesta, un relámpago crepitó ruidosamente en lo alto. Tan cerca que hizo que Jake se tambaleara y casi cayera al suelo.

—Vale, vale, lo pillo —dijo, enderezándose de nuevo—. Ni opinar puedo.

Ya en el saltacharcos, en su base de operaciones, encendió el panel principal y estableció contacto con la nave colonial. Esto iba a llevar algún tiempo. Tenía que hacer muchos cálculos. ¿Cuánto necesitaría y dónde ponerlo para conseguir el mejor resultado? La nave colonial había sido equipada con todo lo necesario para organizar una colonia minera autosuficiente. Habían cargado en ella máquinas muy robustas y explosivos de gran potencia. Con eso no bastaba, pero era un buen comienzo...

Jake ya disponía de buena información geológica gracias a sus sondas, pero eso no era suficiente... hasta que se le aumentó con el superconocimiento que el protoss le había conferido.

Las supertormentas habían debilitado el lado de barlovento del cono, y la montaña temblaba un poco más ante cada arremetida. Partes del cono habían quedado endebles. Aquí, aquí y aquí, justo por encima de la vegetación boscosa en el lado noroeste, había siete tubos de lava, todos ellos apuntando al núcleo inactivo del volcán. Podía soltar cápsulas de suministros mineros desde la nave colonial y acoplar los explosivos de esos suministros a sondas. Si podía hacer que todos los tubos de lava se hundieran a la vez, debería conseguir que esa ladera de la montaña se derrumbara y provocar el desplome de la caldera volcánica.

Simuló posibles situaciones. Algunas daban resultado, pero no como él quería. Simuló más. Comenzó a entender la magnitud del problema. Estaba intentando volar una montaña. La montaña quería explotar, pero no estaba lista para hacerlo. Él tenía que prepararla. Eso requeriría abundante energía.

Esa era la parte que no le gustaba. —¡Maldito protoss! ¡Maldita sea su estampa! —gruñó Jake—. ¿¡Qué derecho tenía a meterme cosas en la cabeza!? Yo no le he puesto nada en la suya; ¡solamente le dije hola! ¿Es que eso es una invitación a que te violen la mente?

Por otra parte, tenía que admitir que era divertido buscar formas de matar a los zerg. Casi un gozo. Cada vez que una simulación hacía hundirse el volcán, se echaba a reír. —¡Ja! ¡Si pudiera hacer esto en la realidad me lo haría encima!

—Bueno —se dijo a sí mismo—. ¡A ver la que puedo armar yo aquí! —Sus manos se movían por el panel; sus dedos danzaban por el teclado; introducía comandos de un modo casi frenético—. Nunca he jugado con un volcán: esto son solo los preliminares. ¡Pero cuando haya terminado, vas a ver qué caña!

Jake era muy consciente de estar poseído —dominado— por esta obsesión. No tenía elección. Pero cuanto más se aplicaba, mayor era la sensación de satisfacción, de placer, incluso de éxtasis, que brotaba en su interior. Aunque hubiera podido parar, ya no lo habría hecho. Estaba disfrutando demasiado con esto.

El problema era que, usara la tecnología que usara, tal vez los zerg la buscaran y la destruyeran. De modo que esto también debía formar parte del plan: calcular el ataque con más recursos de lo que ellos pudieran encontrar a tiempo.

Mmm...

Sí.

Señuelos. Tendría que poner señuelos para distraer a los zerg. Los iba a querer a todos lo más cerca posible de la zona objetivo, pero lejos de los mecanismos de activación.

Bien. Ahora tenía que volver a estudiar sus recursos, cómo aplicarlos. Realizó nuevas simulaciones, calculó nuevas situaciones. Podía hacerle mucho daño a Mauna Koala, como ya empezaba a llamar a la montaña, pero solo en un 54% de las simulaciones activaba el tipo de explosión enorme que buscaba. No era suficiente. Tenía que borrar la isla entera, nada menos.

Si la isla sobrevivía, si tan solo una semilla de biología zerg sobrevivía... todo el esfuerzo habría sido en vano.

Simuló nuevas situaciones, sintiéndose tan frustrado como alborozado. El trabajo era divertido; cada simulación lo acercaba más a una solución, pero la lentitud con que progresaba era irritante, iba en contra de la necesidad que lo acuciaba y lo ponía de mal humor por la impaciencia. —Maldita sea, señor templario tétrico —le dijo Jake al protoss ausente—. Si pudo darme el problema, ¿i por qué no podía darme también la solución!?

Había una forma de hacer esto. Interiormente, Jake lo llamaba Operación Fuerza Excesiva. Funcionaría, pero le iba a costar la mayoría de sus recursos. La nave colonial tenía nueve cápsulas de carga llenas de cajas de explosivos cuidadosamente empaquetadas, y también robots mineros conocidos como MULAs. Tendría que bajarlos todos, al menos uno para cada túnel vulnerable. Tardaría por lo menos un día en acoplar los explosivos a las sondas y tal vez un día más en colocar cada una en un tubo de lava. Tendría que enviar otras sondas por delante para que hicieran mucho ruido en cada canal. Si trabajaba seguido sin dormir...

Podía funcionar. Tenía que funcionar. En cuanto tuvo una idea clara en la cabeza, envió a la nave colonial la señal de que dejara caer las nueve cápsulas. Faltaba poco para la próxima ventana de lanzamiento. Las cápsulas estarían aquí en dos horas. Tendría que ponerse a trabajar en ellas inmediatamente, pero era factible. Tendría que reconfigurar las sondas, ajustar las relaciones de potencia y peso por la masa de explosivos adicional y sincronizar los detonadores con una señal multibanda.

Las inspecciones geológicas revelaron que la montaña presentaba varias grietas profundas por la erosión del agua, los terremotos y antiguas erupciones. Jake podría hacer llegar las MULAs a esas cámaras para que dispararan explosivos líquidos por esas rendijas hasta el núcleo. Entonces podría detonarlo todo a la vez.

Si funcionaba, si todo salía como lo había planeado, la caldera volcánica se vendría abajo, la pared noroeste se separaría del lado del cono del volcán y la montaña entera explosionaría hacia fuera. La fuerza liberada por la explosión haría añicos el resto del cono y provocaría que cayera sobre sí mismo en un segundo derrumbamiento. Y si el magma subyacente era suficientemente agitado, la isla entera podría desaparecer envuelta en una bola de fuego. Jake tendría que observarlo desde cierta distancia.

Como desde la órbita.

Aunque tal vez...

La isla más pequeña del archipiélago seguía siendo más que suficiente para él. Y estaba a 300 kilómetros al noroeste de la zona de la explosión. Una vez eliminados los zerg, tal vez él pudiera quedarse allí en paz.

Simuló más situaciones, en busca de grupos óptimos de modelos de actuación. Pronto resultó evidente que había muchas pequeñas variaciones sobre un tema, pero que todas ellas seguían siendo variaciones sobre la Operación Fuerza Excesiva.

Jake suspiró. —No. No hay una forma más fácil. No hay ningún modo mejor.

Comenzó a dar las órdenes necesarias.

—Espero que ese maldito protoss sea lo bastante listo de salir de ahí. No pienso ir a buscarlo.

* * *

Lassatar fue consciente del plan del humano en cuanto cayó la primera cápsula de carga. Para cuando Jake había metido las dos primeras MULAs en los túneles, ya entendió exactamente qué pensaba hacer el humano y se había ido del volcán, dejando atrás las suficientes piezas de tecnología protoss para tener ocupados a algunos de los zerg. El humano los necesitaba distraídos.

Tenía además otra cosa por hacer. Los zerg sentirían las vibraciones e investigarían qué estaba ocurriendo. En cuanto la colonia zerg descubriera robots mineros bombeando explosivos líquidos en las hendiduras, los atacaría.

Pero cuando estos zerg —infectados con *identidad*—comprendieran la magnitud de la actividad de Jake, se pondrían nerviosos. Toda la colonia se agitaría. No había forma de prever cómo reaccionaría cada individuo. Quizás algunos fueran presa del pánico al intuir la posibilidad de peligro personal. Tal vez huyeran. Lassatar sabía que tenía que mantenerlos a todos dentro del volcán para que el plan del humano funcionara.

Así pues, esperó y estuvo atento a sus *emociones*. Cuando los zerg sintieran el peligro, tendrían miedo. Cuando él sintiera su miedo, actuaría.

* * *

Y entonces, al fin, comenzó.

Un zergling descubrió una MULA que bombeaba líquido explosivo en una rendija profunda de la superficie volcánica. El zergling gritaba y se retorció de dolor al penetrar en su caparazón el fluido ácido y volátil. Otro, al ver una sonda cargada con explosivos avanzar por un tubo de lava, titubeó y se apartó de aquella presencia desconocida. Un tercero encontró un gran paquete que hacía un tictac inquietante; picada por una curiosidad inusual, la criatura lo adentró aún más en el nido para examinarlo mejor.

Uno tras otro, zergling que iban por separado volvían a la biomateria y, a medida que compartían sus experiencias, todos sus encuentros con piezas desconocidas de tecnología humana, el efecto acumulativo era de incertidumbre, luego de ansiedad, y después las primeros y alarmantes sensaciones de una emoción hasta ahora desconocida para la colonia; turbadora para los individuos, pero insoportable al magnificarse a través del colectivo. Incluso aquellos zerg que no habían experimentado un contacto directo se asustaron por el desasosiego colectivo de sus compañeros.

Comenzó a cundir el pánico. Algunos zergling se quedaron inmóviles, paralizados. Otros huyeron por túneles más profundos, mientras que aún más intentaron escapar hacia arriba. La mayoría se agruparon para contraatacar. Pero ¿contra quién?

Y entonces comenzó el *otro* aporreo. En el interior de sus cerebros frenéticos, en el interior de sus caparazones quitinosos, en el interior de su carne palpitante, en el interior de todos, un martilleo constante de luz y confusión los dejó petrificados. Algunos se desplomaron, otros se quedaron sin poder moverse, otros se estremecían en su parálisis. Los pesteling lo interpretaban como un impacto y explotaban ahí mismo. El corazón de la colonia era presa de una convulsión descomunal. Todo el poder del artefacto Xel'Naga.

Y luego fue a peor. El aporreo se hizo más fuerte, se convirtió en una paliza de fuerza psiónica. Los zarcillos de biomateria retrocedían de la roca por toda la montaña. La colonia zerg estaba atrapada en el centro de una vorágine de miedo. Experimentaba algo que ninguna otra colonia zerg había sentido jamás: ¡un terror abrumador! Cada bestia de la montaña gritaba y chillaba, gemía y jadeaba, se revolvía y se sacudía violentamente, atrapada en terribles convulsiones, incapaz de actuar coherentemente.

Y entonces...

Las sondas encendieron sus propulsores, una tras otra, en una cascada sincronizada de fuego. Barreras de llamas avanzaron por los tubos de lava hasta el centro del núcleo durmiente, calentando la roca volcánica hasta su punto de fusión.

Un trueno agitó el volcán. Nubes de polvo ascendían por los flancos. Las rocas tamborileaban y caían en pequeñas avalanchas a lo largo de las empinadas laderas del cono. Las pequeñas avalanchas se convertían en grandes avalanchas.

Y entonces, cuando la montaña no podía estar más caliente, se produjeron las primeras detonaciones. Una sección estalló de forma prematura, con medio segundo de antelación, pero el resto estalló según lo previsto, en una serie de explosiones perfectamente predeterminada.

La montaña se estremeció. Pero no ocurrió nada.

Desde su ubicación estratégica, la primera palabra de Jake fue la inevitable "¡No!".

Y entonces... una repentina bocanada de humo. Otra sacudida. Una sacudida continua. Una sacudida creciente. La montaña vibraba. Comenzó a trepidar. La pared noroeste del volcán empezó a sobresalir, hinchándose de forma alarmante... y entonces explotó.

Un súbito y enorme rugido que no cesaba, sino que crecía mientras columnas de polvo y roca encendida se elevaban por los aires, cada vez más alto, una torre de horror y destrucción. Piedras ardientes salían disparadas hacia arriba y hacia fuera, perdiéndose en el cielo; la erupción continuaría durante horas, soltando lava fundida en el mar humeante a lo largo de varios kilómetros a la redonda.

—¡Toma! —dijo Jake. De pronto se sintió lleno de alegría. De un júbilo increíble, asombroso. Le daban ganas de bailar. Sentía que lo invadía una oleada de emoción, tan poderosa que lo dejó debilitado y temblando.

Y entonces se sintió libre, liberado... y alegre aún. Pero era una alegría distinta. No solo la alegría de la victoria, sino más profunda, una alegría interna: la alegría de la paz.

Su plan había funcionado. Lo sabía. No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía. —De ahí no va a escapar nada —y se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta. Miró su indicador en pantalla—. Puede que ni yo.

Se giró hacia su buitre.

Su aliado, el templario tétrico, estaba allí.

—Hola —dijo Jake.

El protoss no respondió.

Jake creía saber por qué.

Toda esa descarga psiónica... Él también la había sentido, incluso a esta distancia. Debía de haber dejado al templario tétrico sin fuerza.

Jake se quedó mirando asombrado. Si el protoss estaba exhausto, ¿era también vulnerable? ¿Era esto una señal de su confianza? ¿Cómo sabía que Jake no se aprovecharía de su debilidad temporal?

¿O eran solo imaginaciones de Jake?

Y entonces el protoss levantó una mano. Era un gesto de saludo.

Eso fue todo. Jake sentía una emoción que no podía nombrar. Gratitud. Colaboración. ¿Afinidad? Algo.

—Yo, mmm... supongo...

El templario tétrico parecía estar estudiándolo. Y, durante un instante, Jake también tuvo miedo. ¿Había dejado de serle útil?

Pero no.

El protoss debía de estar sintiendo lo mismo.

Jake esbozó una sonrisa nerviosa. —Bueno, mmm... Esto podría ser el principio de una bonita amistad, ¿eh?

El protoss terminó de examinar a Jake y se desvaneció.

—O... tal vez no —dijo Jake.

Se encogió de hombros.

Dio media vuelta y contempló la torre creciente de llamas y humo que seguía alzándose ante él. —Sí, hora de largarse de aquí.

No estaba seguro de adónde iría a continuación, pero esta vez tendría que ser algún sitio con gente.